LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 26.

Noviembre 15 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50;—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SS. AA. RR. LOS DUQUES DE AOSTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica, por Julio Nombela.—Peregrino é historiador, por D. Antonio de Trueba.—Los duques de Aosta.—La catedral de Strasburgo.—París.—Campamento en los alrededores de Barcelona.—Un observatorio militar.—La celda del Tasso en San Onofre, recuerdos de viaje, por don Manuel del Palacio.—Una expedicion á las ruinas de Bobastro, por don Francisco Javier Simonet.—Album poético: A..., por don R. Moly de Baños.—El brigadier general don Manuel Oribe, fundador del partido blanco de Montevideo, por el Dr. Lopez de la Vega.—La fe del amor, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Mecánica: Alambique Savalle.—Ajedrez.

GRABADOS.—SS. AA. RR. los duques de Aosta.—Interior de la catedral de Strasburgo.—Reloj de la catedral de Strasburgo.—París á vista de pájaro, desde la torre de San Gervasio.—Campamento en las afueras de Barcelona, con motivo de la fiebre amarilla.—Observatorio militar improvisado en la plaza de Courbevoie sobre el pedestal de una columna.—La fe del amor: «Una vez en el cuarto, le registraron.—Los aficionados á caza, caricaturas.—Alambique Savalle.

CRÓNICA.

Indiferencia ó temor: hé aquí los síntomas que se han revelado durante los últimos dias en las clases de la sociedad española.

En la esfera política ha dominado más que nunca la pasion de partido; pero el carácter más marcado de la situacion ha sido la monotonía.

Todo español capaz de pensar, ha pensado en la eleccion del monarca.

El dia 16 ha sido la pesadilla general.

Si en vez de ser cronistas fuéramos filósofos, y con ayuda de algun espíritu de los subordinados á Allan-Kardec, nos hubiera sido posible penetrar en la conciencia de cada uno de los que representan los diversos intereses de la sociedad española, ¡qué espectáculo tan nuevo y tan curioso podríamos ofrecer á los lectores!

Pero no es nuestra mision filosofar, sino referir lo que sucede.

En todos los círculos la cuestion del rey ha estado á la órden del dia y de la noche.

—¿Con que al fin vamos á tener monarca?

—Así parece.

—Falta hacia salir de la interinidad.

—Es cierto; pero dejamos á Scila para entrar en Caribdis.

—¿Usted cree que el duque de Aosta no nos hará felices?

—El empleo de rey es el que más fácilmente y con más gloria se desempeña, y para ser un buen monarca no se necesitan grandes cualidades. Un espíritu recto y un buen corazon bastan. Yo no soy político; es decir, yo no vivo del resupuesto, sino de mi trabajo; sé que tengo que obedecer la ley, y lo mismo me da Juan que Pedro para ocupar el trono. Creo firmemente que todos los candidatos que han figurado en la lista son buenos y son malos. Buenos, porque al llegar al sólio, el más vivo deseo del que lo ocupa, es hacer bien: malos, porque teniendo enfrente numerosos partidos, sólo por la fuerza pueden sostenerse, y la fuerza es la guerra, y la guerra es el mayor enemigo del trabajo, de la riqueza, del bienestar de los pueblos.

—Es verdad; pero habia necesidad de salir del atolladero. Ya verá usted cómo el nuevo monarca se hace simpático.

—Va á encontrar apasionados republicanos, testarudos carlistas, hábiles montpensieristas, idólatras de Espartero, activos partidarios de la union ibérica.

—Lo mismo sucederia á cualquier otro de los candidatos.

—Pero cualquier otro tendria partido en la opinion general, mientras que el designado encuentra una glacial indiferencia.

—Razon de más para que si sus cualidades son como suponen los que le patrocinan, gane el afecto con sus actos y una á los españoles en su admiracion.

—Con este órden de cosas no puede haber un rey sério.

—Él lo cambiará.

—Hallará grandes dificultades.

—Mire usted, amigo: en el mundo no sucede más que lo que tiene razon de ser. Si el nuevo monarca es el que necesita España, se copsolidará en el trono y formará un partido nacional; si no responde á las aspiraciones del país, caerá arrastrando á los que le han traido.

—Pero entre tanto, habrá lucha.

—¡Oh! no; en España sucede siempre lo contrario de lo que se espera. Todos vemos llegar con miedo el dia 16; no hay quien no haga provisiones, quien no esté ya conforme con pasar cuatro dias encerrado en su casa mientras los políticos y sus secuaces resuelven la cuestion en las calles; pues bien, lo más probable es que el dia 16 pase tranquilo y reposado, que el retraimiento de las gentes permita efectuar la votacion con patriarcal sosiego, y la alegría de haber pasado el peligro sin novedad hará simpático al gobierno y al candidato.

—Dios le oiga á usted, sobre todo en sus esperanzas de paz, porque nadie gana nada con las insurrecciones y los pronunciamientos.

Mientras habla de esta manera la mayoría de la clase media, el pueblo, que lee con fruicion las sátiras y se deleita con el espectáculo de la caricatura, muerde el anzuelo que las pasiones políticas le tienden, y nadie puede asegurar hoy dia 15 la actitud que tomará.

Tan fácil es que tire del carro del nuevo rey, como que le reciba á beneficio de inventario recordando la conducta que observaron sus padres con José I, vulgo Pepe Botella.

En las esferas políticas, las conversaciones son más ardientes, la lucha más febril.

Por de pronto, la verdad es que la opinion permanece suspensa; que el país ha aceptado de buen grado el papel de espectador, y que en todas partes se olvidan los triunfos de los artistas italianos de la Ópera, el éxito alcanzado en Lope de Rueda por el actor don José Vico en la *Muerte civil*, las noches amenas del teatro de la Zarzuela, las que se pasan en algunos salones aristocráticos, los episodios de la crónica de la vida íntima; todo, en una palabra, para no pensar más que en el dia 16, en los diputados, en el Gobierno y en su candidato.

Ya ni nos preocupa la guerra de Francia y Prusia; las sucesivas tomas de las plazas fuertes por los soldados del rey Guillermo, apenas producen impresion en nosotros; oimos el anuncio del bombardeo de París con la misma frescura que sentimos el soplo del Guadarrama; el armisticio ó la paz nos tienen sin cuidado; nos encogemos de hombros al ver que Rusia suscita de nuevo la cuestion de Oriente, y apenas prestamos atencion á esa dolorosa lucha que la Italia sostiene con la Iglesia católica y el cuerpo diplomático que todavía le da la guardia de honor.

Si esto significase que nos preocupaba hondamente el problema de España, pase; pero ¡ay! nuestra atencion es más de curiosidad que de interés.

Aguardemos el desenlace.

Mientras llega, voy á contar á los lectores un drama doloroso, cuya situacion más crítica ha tenido lugar estos dias.

Es un drama de familia, un drama íntimo que ha pasado desapercibido para todos los que tienen sus ojos en el drama público.

Su origen, sin embargo, parte de las costumbres que ha creado la política.

Figúrese el lector un semi-personaje, hombre que en algun tiempo ha disfrutado sueldos de 50 y 60.000 reales; buen mozo, elegante, fumando ricos habanos, amigo de los hombres políticos de talla; un caballero de los que se estilan en ciertos círculos, viviendo en la prosperidad, á pesar de una cesantía prolongada.

No necesita un gran esfuerzo de imaginacion para dibujar este tipo que anda más de lo necesario por todos los círculos de buen tono de Madrid.

Este caballero, durante su época de influencia, entre las muchas credenciales que repartió, dió una á un hombre de bien, á un pobre hombre, casado, con seis hijos, y dotado de un corazon agradecido.

Más tarde, obtuvo el nombramiento de apoderado de una bella marquesa, y su comportamiento le granjeó la confianza de esta señora.

Lleno de gratitud veia de cuando en cuando á su protector, le dispensaba algunos servicios y estimaba en el alma las promesas que le hacia, de favorecerle cuando mandaran los suyos.

Así las cosas, tuvo que emprender la marquesa un viaje á Roma para asuntos de familia, y ántes de partir endosó un crédito de cuarenta mil reales que tenia contra la Caja de Depósitos á favor de su apoderado, entregándosele al despedirse de él, para que lo hiciese efectivo á su debido tiempo.

El apoderado contaba á su protector cuanto le sucedia.

—Estoy muy contento, le dijo un dia.

—¿Por qué?

—Porque la señora me ha dado una prueba de confianza que nunca podré pagarle lo bastante.

—¿Sí, eh?

—Yo lo creo... figúrese usted que al marcharse me ha dejado una carta de pago de la Caja de Depósitos de cuarenta mil reales endosada á mi favor...

—Ya sabe lo que se ha hecho.

—Eso sí... más segura la tiene que en su poder; pero de todos modos, tengo que agradecerle...

—Yo le aseguro á usted que la Providencia le premiará; por mi parte, estoy resuelto á hacer su fortuna de usted cuando vuelvan al poder mis amigos.

Desde el momento en que el honrado administrador de la marquesa habló á su protector de los cuarenta mil reales, concibió éste la idea de secuestrarlos.

Dos ó tres veces se vieron sin hablar del particular... al fin y al cabo realizó su propósito.

Un dia recibió á su protegido.

—Viene usted en muy mala ocasion, le dijo.

—¿Pues qué pasa?

—Estoy desesperado.

—¿Hay algun enfermo en casa?

—No... pero... vamos: nadie se ha visto en la situacion en que yo estoy.

—Si algo puedo yo hacer...

—¡Ca!... Tengo un compromiso de tal naturaleza, que si dentro de seis dias no reuno sesenta mil reales, quedaré deshonrado y no tendré más recurso que levantarme la tapa de los sesos.

—¿Está usted en su juicio?

—Hay casos en la vida en que el hombre más cristiano se ciega.

—Si se tratara de dos ó tres mil reales, arañando de aquí y de allá se los traeria á usted... pero sesenta mil...

—Gracias, amigo mio, gracias; ya sé su buen corazon de usted.

—Pero usted tiene crédito.

—Todos me vuelven la espalda; ¡como no figuro! ¡como estoy cesante! Yo, que he favorecido á tantos, no encuentro hoy quien haga un sacrificio por mí. Y el caso es que yo tengo unos diez y ocho ó veinte mil reales... pero el resto... ¡ah! el resto será el cañon de una pistola.

Hubo una pausa dolorosísima para el protegido.

—¡Hombre! qué idea tan luminosa acaba de ocurrírseme, exclamó el protector.

—¿De veras?

—Usted me va á salvar.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Si es posible, ordene usted.

—Mire usted: yo he de cobrar á fin de mes ochenta mil reales. De esto estoy segurísimo; pero necesito los tres mil duros dentro de seis dias. Usted tiene una carta de pago de la marquesa; ¿no es eso?

—Sí.

—¿De cuánto es? que no me acuerdo.

—De cuarenta mil reales.

—Justo; cuarenta, y veinte que yo tengo, sesenta. Endósela usted á mi favor; yo la negociaré, y á fin de mes recibe usted los dos mil duros. La marquesa no vendrá hasta principios de Noviembre; le entrega usted el dinero, me salva usted la vida, y me da usted una prueba de verdadera gratitud.

—Si usted me asegura que á fin de mes...

—Me ofende usted dudando... y ya no quiero nada.

—No, hombre, no... yo... ya ve usted la responsabilidad mia.

—Le daré á usted un recibo.

—Eso sí que es ofenderme.

—Pues entonces, decida usted.

—Nada... haremos lo que usted desea, puesto que al fin y al cabo yo no he de dejar de entregar el dinero á la señora.

La operacion se verificó á medida del deseo del protector.

Con el endoso negoció el crédito, y pretextando que iba á recoger los ochenta mil reales, se ausentó de Madrid.

Llegó el último dia de Octubre, y nada; pasó el 1.º de Noviembre, el 2, el 3. El apoderado le está escribiendo desde entónces, y áun no ha recibido respuesta.

La marquesa llegó de su viaje; comprendiendo al fin y al cabo el honrado administrador que habia sido víctima de una estafa, ha buscado dinero á cuenta de su sueldo, ha hecho prodigios para reunir los dos mil duros.

Hace seis dias que las personas que referian esta historia tristísima, aseguraban un fin desgraciado al inocente víctima del audaz estafador.

¿Quién sabe si un dia de estos irá al sepulcro, víctima de su postracion ó de la violencia del remordimiento, el infeliz padre de familia?

Este drama, cuyo desenlace desconozco, ha pasado en medio de la animacion y la magnificencia de los placeres de Madrid.

Es parte del reverso de la medalla.

JULIO NOMBELA.

PEREGRINO É HISTORIADOR.

I.

Todos los que en el presente siglo escriben de las cosas de Vizcaya y áun de las otras provincias Vascongadas, citan á Iturriza como uno de los historiadores que más se han ocupado en investigar las antigüedades de este pais. Sin embargo, en el catálogo de la librería española apenas existe libro alguno impreso de tal autor, y en Vizcaya misma es hoy reducidísimo el número de personas que sepan quién fué Iturriza y qué es lo que escribió. Hora es ya de que por primera vez salga á luz la vida de tan benemérito investigador, que por cierto es curiosa y hasta tiene para los de inclinaciones frívolas el atractivo de una sencilla novela. Hánme servido para el trabajo biográfico que voy á dar al público: primero, unas noticias escritas por el mismo Iturriza, que tuve la suerte de descubrir en Marquina en la casa de Mugártegui, cuyos papeles ordenó el buen historiador vizcaino; segundo, las que he recogido de boca de ancianos que conocieron personalmente á Iturriza; y tercero, el conocimiento que tengo de casi todos los trabajos en que Iturriza se ocupó en los dos últimos tercios de su larga vida.

II.

Los Iturrizas de Vizcaya son originarios de Olas, barrio de las cercanías de Motrico en Guipúzcoa. La casa de Iturriza de Olas era una de las armeras más notables del país; pero ya en el siglo XVIII algunos de los descendientes de ella ejercian profesiones muy pobres, aunque hermosas, entre ellos el padre de nuestro historiador, que era un humildísimo maestro de primeras letras.

Juan Ramon de Iturriza nació el 29 de Abril de 1741, á las ocho de la noche, en el barrio de San Antonio de Olameta, en la anteiglesia de Bérriz, del señorío de Vizcaya, y fué bautizado el dia siguiente en la iglesia de San Juan Evangelista, siendo sus padrinos Juan Matias de Uribe y Marina de Gallagaray, su mujer. Sus padres eran Felipe y Catalina de Gárate-Zabala, el primero maestro de escuela de Bérriz y ambos naturales de Bolívar, en la república de Cenarruza, que dista de allí poco más de una legua.

Á la edad de tres años se trasladó con sus padres á Bolívar, cuya escuela obtuvo su padre, que tenia gran aficion al rinconcillo natal, aficion que heredó su hijo, como luégo veremos. Juan Ramon era de los chicos más traviesos de Bolívar, tanto que él era el primero á quien tenia su padre que sacudir el polvo por haber nadado ántes de tiempo en las presas de Iruzubieta y Larruscain, por apedrear los frutales que daban sobre los *estrados* y por *tener manos de nueces*, ó sea ennegrecidas y quemadas las manos con el jugo corrosivo de la cáscara de la nuez verde. Sin embargo, salió aprovechadísimo en todo lo poco que podia enseñarle su padre, y particularmente en caligrafía. La letra que conservó Iturriza hasta sus últimos años es admirable por su claridad y belleza.

Á la edad de catorce años su padre le colocó de amanuense en casa de un escribano de Aulestia, llamado don Juan de Ansótegui; pero sea que el escribano no estuviese contento de sus frecuentes escapatorias á Bolívar, que dista dos leguas escasas de Aulestia, ó sea que Juan Ramon no lo estuviese del escribano, sus padres le enviaron, en Noviembre de 1755, á Orduña, cuya aduana estaba entónces en todo su áuge.

Hospedóse en casa de una tal Mari-Bernales, que vivia junto al portal de San Francisco, y entró de amanuense en casa de don Juan Fernandez Breton, escribano y comisionista de la aduana. Como apenas ganaba para pagar el hospedaje, su padre escribió á fray José de Salazar, franciscano, primo suyo, para que le proporcionase colocacion más lucrativa, y por recomendacion del fraile, á los seis meses de permanencia en Orduña se colocó en casa de don Francisco de Zamitiz, tambien comisionista de la aduana, que tenia su despacho en la calle Vieja.

Aburrido Juan Ramon de luchar con arrieros y oficinistas y ganar sólo para comer mal y vestir peor, escribió á su padre que aquello iba mal, y su padre le contestó que pasase á casa y allí arbitrarian medio de enviarle á donde pudiera esperar más adelantos. Por Enero de 1759 volvió, pues, á Bolívar, despues de pasar tres años en Orduña, donde, si no adquirió dinero, adquirió trato de gentes.

Juan Ramon tenia ya cerca de diez y nueve años, y era chico de provecho por su despejo, su docilidad y su deseo de ser útil á su familia y á sí propio. Echáronse á discurrir él y sus padres el camino que habia de emprender. Á Juan Ramon le gustaba la carrera eclesiástica, pero carecia de medios para seguirla. Pensaron tambien si convendria que se metiera fraile; pero Juan Ramon, que era áun demasiado jóven para resignarse á reducir los dilatados horizontes que descubria su imaginacion á los estrechísimos de las tapias de un convento, combatió esta idea, reservándola sólo para el caso en que todo otro camino más de su gusto se le cerrase. Por aquel tiempo habia mucho movimiento comercial en Cádiz, con motivo del apresto y desembarque de las flotas de América, y Juan Ramon y sus padres se decidieron á que el primero pasase allá á buscar fortuna y á esperar oportunidad de continuar su viaje á América, donde podia prometerse el apoyo de un tio que tenia en Méjico.

Una monja de Santa Susana, de Durango, llamada María Francisca de Jesús Ardicona-góitia les dió cartas de recomendacion para doña María Rosa de Oleaga y otras personas de Cádiz, y Juan Ramon emprendió su viaje con un arriero llamado Diego Mozun Tánquer, con quien se ajustó en 23 pesos, en cuyo precio entraban los gastos de conduccion, alimento y posada.

Cuando Juan Ramon subió á la peña de Orduña, donde iba á perder de vista las montañas de Vizcaya, se volvió hácia éstas y se le saltaron las lágrimas. El arriero lo notó y le dijo, tratando de consolarle:

—Muchacho, no llores, que cuanto más te alejes de tu tierra, más hermosa te ha de parecer. Con la tierra sucede lo que con las mujeres, que vistas de un poquito léjos, hasta las feas parecen hermosas.

Este episodio, que oyó más de una vez contar á Iturriza uno de los ancianos que le conocieron personalmente, si prueba que el arriero era buen filósofo, prueba tambien que el futuro historiador era buen patriota.

Doña María Rosa recibió tan bien á Juan Ramon, que le acomodó en su propia casa, que estaba en la calle del Puerto, junto á la huerta de San Francisco.

Un comerciante al por mayor, gallego, llamado don Tomás Rodriguez, que ya se habia enamorado de las gracias gaditanas de una hija de doña María Rosa, se enamoró tambien de la letra y el despejo vascongado de Juan Ramon, y éste entró á su servicio en clase de escribiente.

Preparábase á la sazon la salida de Cádiz para Veracruz de una gran flota, cuyas mercancías valian la enorme suma de veinte millones de pesos. En esta flota estaba considerablemente interesado el don Tomás Rodriguez, que debia hacer el viaje en ella con su nuevo dependiente Juan Ramon.

La flota que salió de Cádiz el dia de San Pedro de 1760, llegó felizmente á Veracruz á los setenta y dos dias de navegacion, despues de hacer aguada y descanso por espacio de cuatro en el Arenal de Puerto-Rico. Entre los buques que iban en conserva con la flota se contaba el titulado *Purísima Concepcion*, su capitan don Francisco de Lorrea, y en este buque hicieron su viaje Juan Ramon y su principal, quienes permanecieron en Veracruz hasta que se desembarcaron las mercancías y se condujeron en carros á Jalapa, en cuya feria debian venderse.

Juan Ramon permaneció en Jalapa hasta 1763, viviendo con su principal en la mejor casa de la calle Real, y desde allí pasó á Méjico con objeto de ver á su tio y creyendo adelantar con su proteccion.

Don Gabriel de Zabala, tio de Juan Ramon, vivia en Méjico junto á los portillos de San Diego, y explotaba una panadería de que era dueño. Dos años y medio vivió Juan Ramon en su compañía sin colocacion formal, lo que naturalmente le tenia aburrido y ya pesaroso de haberse alejado de la tierra nativa que, conforme le habia pronosticado Diego, si de cerca le habia parecido hermosa, de léjos le parecia hermosísima.

Don Gabriel era hombre muy piadoso, y Juan Ramon no le iba en zaga en esta buena cualidad. Tanto por complacer á su tio, como por satisfacer su inclinacion á la literatura mística, y por no estar ocioso, escribió Juan Ramon en este tiempo un Devocionario que tituló *Lucero Celestial*, y que gustó mucho á don Gabriel y á los frailes de San Francisco, con quien tio y sobrino tenian mucho trato, por ser don Gabriel muy frailero.

Al fin convinieron don Gabriel y su sobrino en que éste se hiciera cargo de la panadería, á cuyo efecto el primero dió al segundo en dinero y efectos 3.200 pesos, obligándose Juan Ramon por su parte á pasar á su tio 50 reales diarios para su subsistencia y pago de la casa en que vivian y estaba la panadería. Esta casa, que era propia de don Juan de Lamilla, rentaba 500 pesos anuales, de lo que resulta que don Gabriel habia de vivir con 9.000 reales.

Por espacio de tres años y medio explotó Juan Ramon la panadería, quedándole libres 15 pesos diarios despues de satisfacer los gastos de manutencion, salarios de operarios y de tres mayordomos ó dependientes que tenia para la custodia de indios, cobranzas y porteros. Estas utilidades disminuyeron mucho con motivo de un gasto extraordinario que tuvo que soportar Juan Ramon durante largo tiempo. Por entónces estaba España en guerra con los ingleses, y temiendo que éstos hiciesen algun desembarco, se trasladaron á Veracruz las tropas que guarnecian á Méjico. Los gremios de la capital formaron compañías que las supliesen en guardias y rondas, y Juan Ramon tuvo que sufragar el gasto de un mayordomo montado, vestido, armado y alimentado á su costa.

Otro gasto vino á disminuir el peculio del buen Juan Ramon, y fué el de la impresion del *Lucero Celestial*, que le costó 700 pesos, y se verificó en 1766. Este gasto no debió ser muy reproductivo, segun el alta y baja que iremos observando en el modesto capital de Juan Ramon.

Ignoro con qué motivo ó en virtud de qué cálculo, dejó Juan Ramon la panadería al salir á luz su libro. Es muy posible que le movieran á ello las esperanzas é ilusiones literarias que sonrien á todo el que da á luz un libro, aunque el libro esté destinado á ser su perdicion. Esto lo sabemos muy bien los que hemos sido cocineros ántes que frailes.

El año 1767, Juan Ramon se metió nuevamente á panadero, sin duda convencido ya de que de la harina se saca más *pan* que de las letras: tomó en traspaso una panadería en la calle de Santa Catalina, y la dejó seis meses despues, perdiendo 500 pesos que habi- costado el traspaso, y 120 parte del valor de una berlina con dos mulas que vendió fiada á un carrocero que quebró. Los robos y petardos que sabia de los indios, mayordomos y tenderos á quienes fiaba el pan le tenian disgustadísimo, y le obligaron á dejar la panadería, convencido de que de seguir en ella se iba á quedar por puertas.

Don Gabriel no era rico, pero sí dueño, cuando ménos, de los tres mil y tantos pesos que tenia en poder de su sobrino. Este, que era su único pariente en Méjico, debia naturalmente esperar en heredarle; pero tambien se le desvaneció á Juan Ramon esta esperanza. En la Semana Santa de 1768, que cayó á fin de Marzo, fué don Gabriel á hacer ejercicios espirituales en el convento de Mercenarios Recoletos de los Huertos; y habiendo enfermado allí, falleció en el convento el 3 de Abril, primer dia de Pascua de Resurreccion. No dice Juan Ramon terminantemente que su tio dejara por sus herederos á los frailes; pero es de presumir que así fuese, puesto que lo único que dejó en herencia á Juan Ramon, fué una chupa vieja, que el pobre mozo vendió en 8 pesos en un baratillo. La venta de esta chupa por quien tenia tanto apego á los recuerdos y á la familia, prueba, en mi concepto, que Juan Ramon no conservaba recuerdos muy gratos de su tio.

Aburrido Juan Ramon con el chasco que le habia dado su señor tio dejándole únicamente en herencia una chupa vieja, lo cual tenia más trazas de burla que de afecto, temeroso de quedarse en América sin un cuarto, y ansioso de volver al seno de la patria y la familia, que vivian continuamente en su memoria, y, como le habia pronosticado el arriero, de léjos le parecian aún más hermosas que de cerca, determinó regresar inmediatamente á Vizcaya.

Asi que murió su tio, Juan Ramon redondeó del mejor modo posible sus negocios, entregó á los testamentarios de su tio los 3.200 pesos que éste le habia prestado, por cierto con un rédito bastante crecido para que el bueno de don Gabriel procurase aliviar su conciencia con algunos ejercicios espirituales, y en el mes de Julio de 1768 salió para Veracruz, donde permaneció hasta Noviembre esperando que se hiciesen á la vela siete navios suecos que iban á regresar á España con el regimiento de Ibernia.

El capital que quedaba á Juan Ramon despues de diez años de afanes, apenas llegaba á 50.000 reales. Empleó en Veracruz casi todo este capital en tres tercios de grana para tintes, con objeto de ver si ganaba siquera para el pasaje, embarcóse y llegó á la Habana con felicidad el 30 de Noviembre, permaneciendo allí, en la posada de un genovés, hasta el 31 de Diciembre en que continuó su viaje á bordo de uno de los buques suecos, llegando á Cádiz por Febrero, despues de haber sufrido algunas borrascas y tempestades.

En Cádiz negoció la grana con alguna ganancia, y despues de permanecer allí veinte dias en casa de doña María Rosa, que ya era suegra del gallego don Tomás Rodriguez, se dispuso á continuar su viaje á Vizcaya. Fué á la posada donde hacia diez años paraba el ordinario Tánquer, con quien hizo el viaje á Cádiz, y se encontró con que el mismo ordinario estaba en ella preparándose á regresar á Vizcaya. Ajustó el viaje con él, tambien en 23 duros, sin incluir en este precio el trasporte del equipaje, porque entre el viajero de 1759 y el de 1769 habia la diferencia de que el equipaje del primero consistia en un saquito de ropa, y el del segundo en un baul bien repleto.

El 8 de Marzo salió Juan Ramon de Cádiz cabalgando, como era entónces uso y costumbre, en una mula, y pasando por Jerez, Utrera, Marchena, Écija, Córdoba, Ciudad-Real, Toledo, Madrid, Alcalá, Jadraque, Almazan, Soria, Yanguas, Logroño, Vitoria y Durango, llegó á Bolívar el 6 de Abril. En este viaje de cerca de un mes, que hoy hubiera podido hacer en cuarenta y ocho horas, no perdió ocasion de estudiar á su manera el pais y los pueblos que atravesaba. Su alegría y la de su familia no tuvieron límites cuando llegó á Bolívar. La familia estaba buena; pero habia una novedad en ella, y era que Vicenta, hermana queridísima de Juan Ramon, tenia un novio muy del gusto de toda la familia, y particularmente de la chica. Este novio, llamado Francisco de Zárate, acababa de obtener el título de cirujano, y era tan pobre como Vicenta, por cuanto habia gastado en su carrera todos sus recursos.

Vicenta y Francisco no se habian casado ya por falta de medios para establecer su casa.

—¿Qué necesitais para casaros? preguntó Juan Ramon á su hermana.

—Con 100 ducados que tuviéramos seriamos felices, le contestó Vicenta.

—Pues ea, le dijo el *indiano;* casaos cuando querais, que yo te doto en 500 ducados.

Los chicos no se hicieron rogar: una mañanita del próximo mes de Mayo salieron casados de la iglesia de Santo Tomás, y fueron á instalarse en una linda casita que tenian preparada.

Tal es la primera parte de la vida del que podemos llamar el Mariana de Vizcaya.

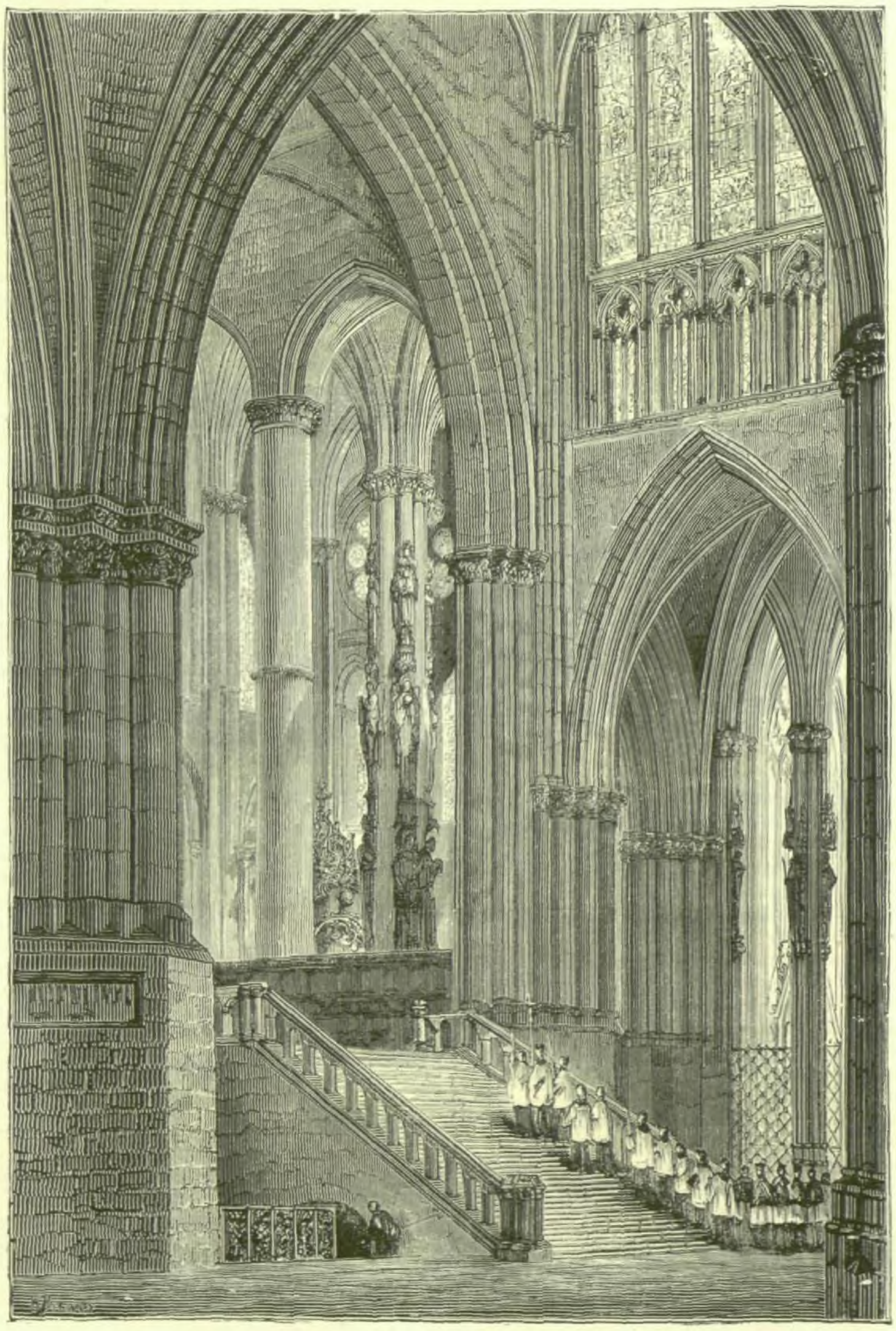
III.

Don Juan Ramon de Iturriza... (darémosle ya el *don* que merecen más los que han enriquecido su entendimiento, que los que han enriquecido su bolsillo), don Juan Ramon de Iturriza era cada vez más aficionado á los estudios y trabajos literarios. Cierto que estos estudios y trabajos carecen en nuestras montañas de la facilidad y el estímulo que tienen en las grandes poblaciones donde abundan los institutos literarios; pero en cambio ¡qué dulce es unir en estas apacibles soledades los encantos de las letras á los encantos de la naturaleza!

Pocos meses despues de regresar á la patria, Iturriza emprendió algunos trabajos literarios, y particularmente los de un nuevo Devocionario, que tenia ya concluido al terminar el año 1770. Su sincera piedad y su deseo de consagrar tranquilamente el resto de su vida al servicio de Dios y al cultivo de las letras, le decidieron á hacerse fraile. Solicitó entrar en el convento de Mercenarios redentores de Burceña, en la anteiglesia de Baracaldo, donde habian florecido varones tan santos como el mártir fray Juan de Zorroza, que dió la vida por la fe entre los mahometanos de Faza, y tan doctos como el comendador Alonsótegui, que escribió una crónica de Vizcaya; pero los frailes de Burceña no le quisieron admitir, porque en aquella época en que estaba reciente la expulsion de los jesuitas, habia órdenes del Gobierno para que las comunidades religiosas no se aumentaran.

Con la esperanza de lograr en San Felipe el Real de Madrid lo que no habia logrado en Vizcaya, y con la de obtener licencia para imprimir su Devocionario, se dirigió Iturriza á la córte en Abril de 1771, y se hospedó en casa de su antigua ama doña María Rosa de Oleaga, que se habia trasladado á Madrid y vivia en la calle del Arenal

En Madrid no encontró Iturriza más que desengaños:



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

pretendió entrar de lego en el convento de San Felipe, y el provincial no le admitió por la misma razon que no le habia admitido el comendador de Burceña, es decir, porque las comunidades tenian órden de no admitir novicios; presentó á la censura su Devocionario, y por más esfuerzos que hizo, ni consiguió que se le aprobase la obra, ni áun siquiera que se le devolviese el manuscrito.

Disgustado de las contrariedades que encontraba en Madrid, regresó á principios de Octubre á Vizcaya, dejando el manuscrito de su libro en poder de la censura.

Apenas llegó á Bolivar, se decidió á hacer un viaje á Zaragoza con objeto de visitar el santuario de la Vírgen del Pilar, cuya fiesta era el 15 del mismo mes. Hizo el viaje por Pamplona, donde se detuvo cuatro dias, y terminadas las fiestas del Pilar, volvió por Alfaro, Arcos y Vitoria.

En su viaje de regreso de América habia hecho voto de visitar á Santiago de Compostela, si le era posible, en el año santo de 1773. En 1.º de Julio de este año emprendió su peregrinacion á aquella insigne basílica provisto de un certificado del cura párroco de Bolivar, en que constaba el voto, y de licencia del corregidor de Vizcaya.

Caminaba á pié con bordon en la mano y mochila á la espalda; pero al llegar á Santander por la costa, sus piés manaban sangre y ya no le era posible dar un paso más. Consultó con personas competentes si le seria lícito continuar su peregrinacion por mar, y como la contestacion fuese afirmativa, se embarcó en Santander para el Ferrol, de donde por la via de la Coruña continuó á pié para Santiago, á donde llegó víspera de la fiesta del santo Apóstol.

El 27 emprendió su regreso á Vizcaya, á pié, por Mondoñedo, Rivadeo, Oviedo, Gijon y costa de la Montaña. Tenia gran empeño en llegar á Bolivar para el 15 de Agosto, á fin de asistir á la fiesta de la Asuncion que en tal dia se celebra en la insigne colegiata de Cenarruza; y en efecto, en la madrugada del 15 llegó á la casa paterna.

Con algunos borradores que conservaba del Devocionario quedado en poder de los censores de Madrid, y con nuevos trabajos, escribió un nuevo libro piadoso que tituló *Manual del Cristiano*, y en 1774 se decidió á pasar á Pamplona, á ver si allí, más afortunado que en Madrid, lograba imprimirle. Hizo su viaje á pié, y tuvo la buena suerte de que á los tres dias de su llegada ya habia obtenido la licencia para la impresion del libro. Hizose ésta en la imprenta de Benito de Coscoyuela, en la misma ciudad, costando al autor 4.000 reales la tirada, que fué de 1.000 ejemplares.

Por la primavera del año siguiente emprendió Iturriza una peregrinacion mucho más larga que las de Compostela y Zaragoza. Habia en Bolivar dos jóvenes, primos carnales, llamados Juan de Zarrabe y Dominga de Cereinza, que deseando unirse con el santo lazo del matrimonio, se veian grandemente contrariados con las dificultades de tiempo, y sobre todo de dinero, pues ambos eran pobres, para obtener dispensa del cercano parentesco que entre ellos mediaba. Lamentándose un dia Juan de tal contrariedad en presencia del *indiano*, le dijo éste:

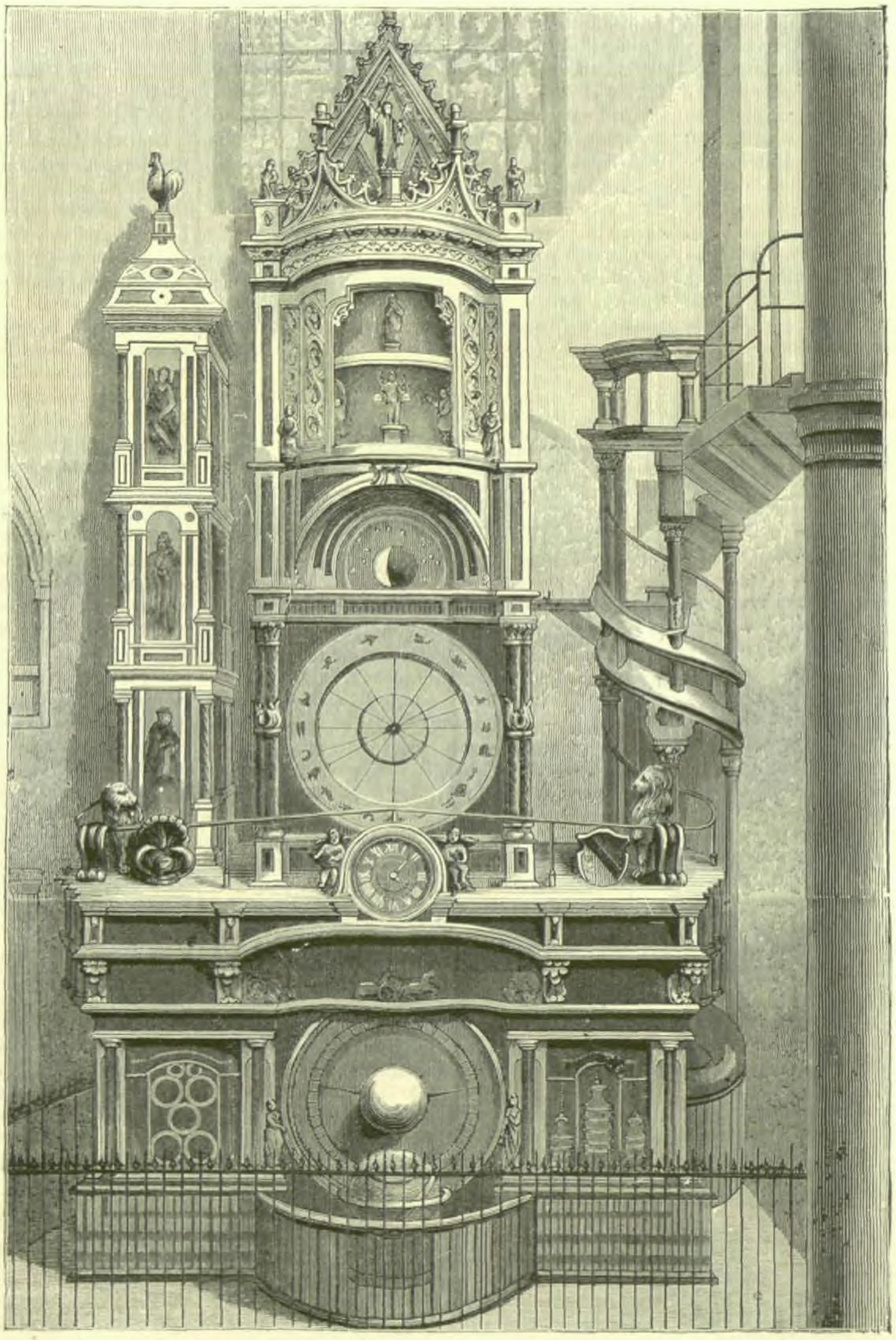
—¿Por qué no tomais el bordon y la calabaza como yo los tomé cuando fui á Santiago de Galicia, y vais en peregrinacion á Roma á pedir al Padre Santo la dispensa? Yo, lo más que puedo hacer, es acompañaros.

Juan no respondió á esta pregunta; pero léjos de echarla en saco roto, habló de ella con su novia y prima, y ambos se decidieron á emprender la peregrinacion á Roma, si don Juan Ramon los acompañaba y sus familias no se oponian al viaje; porque, piadosos como eran tambien, les halagó muchísimo el visitar la capital del mundo cristiano, besar el pié del vicario de Cristo, y obtener personalmente de Su Santidad la dispensa del parentesco que se oponia á la santificacion de su cariño.

El 15 de Mayo de 1775 á la una de la mañana emprendieron Iturriza, Dominga y Juan el viaje á la Ciudad Eterna. Detuviéronse á oir misa en Motrico, y fueron á pernoctar en la venta de Igueldo, cerca de San Sebastian, despues de haber hecho á pié una jornada de diez leguas. El gobernador de San Sebastian les dió pasaportes al dia siguiente, y continuaron á pié su viaje por Pau, Tarbes, Tolosa, Canal de Languedoc, Castel-nadauri, Ayde y Cette. En este puerto se embarcaron para Marsella, donde tuvieron que esperar ocho dias nuevo pasaje, empleando esta detencion en visitar lo más notable que aquella ciudad contiene, y en hacer devotas peregrinaciones al santuario de la Vírgen de la Guardia. Nuevamente embarcados, llegaron á Civita-Vechia el 15 de Junio, dia del Corpus, y el 16 entraron en Roma.

Iturriza permaneció en la Ciudad Eterna veintidos dias, y dice que visitó 125 iglesias, vió magníficas funciones y recibió «la comida grandiosa y los tres regalos en la mesa del Papa en el Vaticano.»

Como la ida de Iturriza á Roma tenia por principal objeto visitar muchos paises, y la de Dominga y Juan tenia objeto más limitado, éstos, que ya habian aprendido el camino para volver y habian sido puestos por don Juan Ramon en el de obtener la dispensa que solicitaban, se quedaron en Roma esperando á que la dispensa se despachase. Iturriza se separó de ellos el 22 de Julio, embarcándose en el Tiber en una saetia mallorquina; desembarcó en el puerto de Ostia en el Mediterráneo, llegó á Civita-Vechia, navegó á la isla de Córcega, en cuyo puertecillo de Marinajo se detuvo ocho dias; pasó á Génova, donde estuvo durante las fiestas de Santiago y Santa Ana; tocó en las islas Hieres, que dan vista á Tolon, y siguiendo su derrota



RELOJ DE LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

para España, experimentó una furiosa tempestad en el golfo de Leon, y en tres dias llegó al cabo de Creux, cerca de Perpiñan. Costeando por Cataluña, desembarcó el 8 de Agosto en Barcelona, y aquel mismo dia por la tarde salió para el célebre santuario de Monserrat, á donde llegó el 9, caminando toda la noche á pié y vestido de peregrino. Despues de orar ante la milagrosa imágen y de examinar el tesoro de joyas y reliquias que se conserva, ó mejor dicho, que se conservaba en la sacristía del santuario, continuó su viaje, siempre á pié y con mochila, esclavina y bordon, por Igualada, Lérida, Fraga, Zaragoza, Tudela, Logroño y Vitoria, llegando felizmente el 27 á Bolivar, á donde tambien regresaron pocos dias despues Dominga y Juan muy contentos de su viaje, pues habian obtenido la dispensa, que aprovecharon inmediatamente casándose y viviendo como modelo de esposos y padres en la caseria de Martitegui, que era propiedad de Juan.

Iturriza todavía hizo una nueva peregrinacion, aunque corta, algunos años despues: en Octubre de 1781 fué á visitar el famoso santuario de Nuestra Señora de Valbanera, pasando por Mondragon, que para él tenia el atractivo de ser patria del insigne historiador Garibay, continuando por Vitoria, Haro, Nájera y Matute, y regresando por San Millan, Santo Domingo, Miranda, Fontecha, Berberana y Orduña, á Bolivar.

Cuatro años ántes, en 1777, habia comenzado á aficionarse á las investigaciones históricas, con motivo de haber comenzado á ordenar algunas papeleras y archivos, asi de casas particulares como de ayuntamientos.

Esta aficion, léjos de disminuir, fué en aumento, y puede decirse que absorbió y ocupó el resto de la vida de Iturriza.

Ya hemos dicho que éste tenia una letra hermosísima, que conservó hasta sus últimos dias. Además era sumamente ingenioso y diestro en la encuadernacion de papeles, que hacia por sí mismo con la mayor perfeccion. Apenas hay archivo ó papelera en Vizcaya donde no se vea la hermosa y característica letra de Iturriza, que se complacia en anotar y apostillar discreta y acertadamente los papeles que manejaba.

Movido puramente de curiosidad, y sin que le ocurriera la idea de escribir la historia general de Vizcaya, fué recogiendo papeles curiosos y formando volúmenes con ellos, de modo que estos volúmenes en 1811 eran doce muy abultados. Por más investigaciones que he hecho, sólo he podido dar con seis, cuatro de ellos existentes en casa de Mugartegui, y los otros dos en casa de Bascáran, tambien de Marquina.

Los papeles que Iturriza ordenó, extractó, proveyó de índices y encuadernó en diferentes archivos y papeleras, formaban 1.019 volúmenes, incluyendo en este número los índices, que fueron 46 volúmenes; y todos ellos, menos tres, son de la hermosa letra del mismo Iturriza.

La primera idea que éste tuvo de escribir un libro de historia dió por resultado la formacion de un volúmen en fólio de 480 páginas, que tituló: «*Grandezas y excelencias de la casa vizcaina.*» Tengo á la vista este volúmen, que lleva la fecha de 1777, y por cierto contiene en su portada un error biográfico, tanto más difícil de explicar, cuanto que dicha portada, como gran parte del volúmen, es de letra del autor. Dice éste: «Copiado de varios historiadores, informes y documentos originales, por Juan Ramon de Iturriza y Zabala, *natural de la noble anteiglesia de Cenarruza*, y residente en su pueblo de Bolivar.»

¿Cómo Iturriza se dijo aqui natural de Cenarruza, si lo era de Bérriz? El autor de esta biografía se explica este error teniendo en cuenta que á él mismo le ocurre, en cuanto á su naturaleza, algo parecido á lo que debia ocurrirle a Iturriza. Nació éste en Bérriz con motivo de haber residido allí temporalmente sus padres; volvieron éstos á Bolívar llevándole de corta edad; y como el recuerdo de la niñez de nuestro historiador estaba en Bolívar y no en Bérriz, solia decirse natural, no de donde por casualidad nació, sino de donde pasó casi toda su niñez. Héme detenido en notar este error, para que en lo sucesivo no pueda implicar dudas y controversias sobre la naturaleza de Iturriza.

Creciendo la aficion de éste á los estudios históricos conforme crecia su caudal de noticias de las antigüedades del señorío, se decidió al fin á modificar y ampliar su primera obra, dándole la forma de verdadera y formal historia general de Vizcaya, y así lo hizo hácia 1780.

Esta obra permanece inédita, pero es muy conocida por el gran número de ejemplares manuscritos que circulan, y por existir uno de ellos en Madrid en la Academia de la Historia. El mismo Iturriza escribió de su puño y letra veintiocho ejemplares, que constando cada uno de más de 225 pliegos, hacen más de 52.000 páginas en fólio. El que yo tengo á la vista, le copió el autor en 1793, ocupándose en este trabajo sobre cuatro meses, y era el vigésimoquinto que habia copiado.

Diferentes caballeros curiosos y aficionados á las antigüedades del país le pedian un ejemplar de la obra, y su remuneracion era un modesto elemento de subsistencia para el laboriosísimo calígrafo-historiador. Unas conocidísimas décimas de Salas que contienen la semblanza de los naturales de todas las provincias de España, dicen, refiriéndose á los vizcainos:

El vizcaino severo,
con dureza nunca oida,
prefiere siempre á su vida
la defensa de su fuero;
es amigo verdadero,
es un mercader honrado,
es marinero arrestado,
y es capaz con entereza,
sin cansarse la cabeza,
de escribir más que el Tostado.

Iturriza justificó del modo más completo el concepto encerrado en los últimos versos de esta décima.

Su *Historia general de Vizcaya* carece de muchas de las condiciones que requieren los libros de esta clase, y á esta carencia se debe en gran parte el que permanezca inédita; pero considerada como coleccion de noticias para escribir la historia del señorío, es obra preciosísima, porque ninguno de los que han investigado las antigüedades de este país, incluso el doctísimo Padre Gabriel de Henao, que empleó en esta tarea gran parte de su vida, logró descubrir y reunir tantas y tan curiosas noticias como descubrió y reunió Iturriza.

En los últimos años de su vida no emprendió éste nuevas peregrinaciones fuera de Vizcaya; pero casi constantemente recorrió los pueblos, montañas y santuarios del señorío. Sus descripciones tienen por esto el mérito de la exactitud, porque Iturriza midió por sí propio todos los templos de Vizcaya, examinó por sí mismo todos los sitios curiosos por sus recuerdos, su singularidad ó su hermosura, y cuando al describir minuciosamente los rios de Vizcaya, cuya longitud y equidistancias señala por pasos, debe entenderse que estos pasos eran materialmente los del infatigable historiador, que contando los que daba, caminó por la márgen de todos los rios y riachuelos.

Iturriza tuvo su residencia ordinaria, durante los veinticinco últimos años de su vida, en Munditibar, barrio de la anteiglesia de Arbácegui, que confina con la de Çenarruza. Con motivo de haber pasado á Munditibar su querida hermana doña Vicenta, cuyo marido obtuvo la plaza de consejero titular de Arbácegui, que desempeñó hasta su fallecimiento, don Juan Ramon pasó tambien á Munditibar y vivió constantemente allí con sus hermanos, á quienes dejó herederos de su modesto caudal.

Don Juan Ramon de Iturriza falleció en Munditibar en 1812, á la edad de setenta y un años, querido y respetado de cuantos le trataron, por su bondadoso carácter, por su saber y por su religiosidad. Recuerdan los ancianos de Munditibar que era de estatura elevada, de color bajo y de cabeza grande. Tenia hermosa voz, y cantaba en la misa conventual y en los entierros y honras, recibiendo por ello una módica retribucion. Su conducta era ejemplarísima; diariamente oia misa, y ocupaba una parte de la tarde en la visita de estaciones y el Santísimo Sacramento. En suma, era tenido por perfecto cristiano y caballero cumplidísimo.

Sin embargo de haber fallecido en Munditibar, es dudoso que sus restos mortales descansen allí, porque en la parroquia de San Vicente de Arbácegui no existe la partida de su defuncion. Sospecho con fundadísimo motivo que se mandase enterrar en la colegiata de Cenarruza, á la que siempre tuvo gran devocion, y en cuyos libros parroquiales espero aún encontrar la confirmacion de esta sospecha, aunque los ancianos de Munditivar, si bien recuerdan que falleció en casa de su hermana, no así dónde se le enterró.

ANTONIO DE TRUEBA.

LOS DUQUES DE AOSTA.

Correspondiendo al interés de nuestros favorecedores por conocer al candidato al trono de España presentado á las Córtes por el Gobierno y á su augusta esposa, les ofrecemos hoy los retratos de estos príncipes, copiados de fotografías auténticas, y seguros de que son los más parecidos que se han hecho.

Poco nuevo podemos añadir á las reseñas biográficas que han publicado los periódicos y que con natural avidez han leido todos los españoles. Se trata de príncipes á quienes las Córtes españolas en mayoría ofrecen el trono de España; tiénese por seguro que lo ocupen en breve, y el interés que esta seguridad ha despertado ha sido un poderoso estímulo para que todas las clases de la sociedad se apresuren á informarse de las cualidades y antecedentes de los que están llamados á regir sus destinos.

Léjos nosotros de la candente y apasionada esfera política, sin entrar en las consideraciones á que puede prestarse la elevacion al trono del duque de Aosta, sólo diremos por via de nota biográfica para que acompañe á su retrato, que el príncipe, hijo segundo del rey de Italia, Víctor Manuel, es un marino distinguido y dió pruebas de valor militar en la batalla de Custozza, que tuvo lugar en 1866, recibiendo una herida en la cabeza, al frente de su division.

Aseguran cuantos le conocen que sus costumbres son intachables, que es hombre de órden, animado por un espíritu conservador y en extremo recto. Apenas se ha mezclado en las cuestiones políticas de su país, y su casamiento con la princesa de la Cisterna, hija de un antiguo emigrado de 1821, fué muy aplaudida por los demócratas italianos y granjeó muchas simpatías al príncipe Amadeo.

Añádese que es una persona muy ilustrada y bondadosa, aunque su carácter es algo taciturno.

Su esposa es bella, y tiene fama de ser muy ilustrada y muy activa. La mayor parte de los periódicos indican que «los problemas políticos y financieros no son ajenos á su talento práctico y cultivado.» No há mucho, cuenta uno de ellos, que obsequió con un banquete al ministro de Hacienda italiano, señor Sella, y le dejó pasmado por su inteligencia y precision en las cuestiones de guarismos.

Tales son los antecedentes que tenemos de los príncipes llamados por el voto de las Córtes á ocupar el trono de España.

LA CATEDRAL DE STRASBURGO.

La ciudad de Strasburgo, célebre ya en las guerras de Francia y Alemania, ha vuelto en nuestros dias á fijar la atencion del mundo entero por la heróica resistencia que ha hecho á las victoriosas tropas de la Prusia, durante un largo y penoso asedio.

Al capitular de una manera honrosa, hallaron los vencedores la destruccion y la ruina causadas por sus proyectiles en los edificios de la ciudad. La catedral, célebre por su belleza, aunque ha sufrido algo, ha sido respetada por las bombas prusianas, y todavía puede enorgullecerse Strasburgo de conservar uno de los más grandiosos monumentos del genio de la religion.

En este número reproducimos dos grabados que representan el interior de la catedral el uno, y el otro el famoso reloj astronómico que visitan con curiosidad y aprecio todos los viajeros.

La vista del interior del templo está tomada por el

lado Norte. Aparece en primer término la magnífica escalera que conduce al coro. A la izquierda se halla la entrada á la cripta, que es la parte más antigua del edificio. A la derecha, y paralelo al altar mayor, se descubre la parte superior del reloj y el célebre *Ángel de la Columna*, magnífica escultura del siglo XIII. La cúpula del coro es una bóveda octogonal, sostenida en cada lado por siete pilares macizos. El coro tiene 250 piés de longitud, 50 de latitud y 100 de altura. Las ventanas con vidrios de colores, que son bellísimas, y con la luz que dejan penetrar en el interior, aumentan la magnificencia del templo; pertenecen á la época de la fundacion, y algunas de ellas son obra de Juan de Kirchkino, artista del siglo XIV. Entre las más antiguas figuran las del lado Sur, que representan varias escenas de la vida de Jesucristo, el Descendimiento y el Juicio final. En las del Norte aparecen las figuras de los emperadores que más contribuyeron al engrandecimiento de la catedral, la Adoracion de los Reyes y la Creacion. En el quinto pilar se halla el magnífico púlpito construido por Juan Kammerer en 1486. El órgano, ejecutado por Andrés Silvermann, ocupa parte de la tercera arcada del mismo lado de la nave.

Pero lo que más llama la atencion en el interior de la catedral, es el reloj astronómico construido en cuatro años por el monje Schwilgué.

Este reloj consta de tres cuerpos.

En el inferior se descubre una esfera, en la que está señalada la latitud de Strasburgo, y detrás de la esfera hay un calendario perpétuo con un cuadrante en el centro, sobre el cual están calculados los eclipses de sol y luna: á los lados se hallan indicadas la letra dominical, los ciclos solares y lunares, etc. Encima se halla el reloj y dos genios, uno de los cuales da los *cuartos* de hora y el otro las horas, *invirtiendo* el mismo tiempo un reloj de arena que tiene en la mano. En el segundo cuerpo se descubre un sistema *planetario* basado en la teoría de Copérnico. Un horario con las fases de la luna y el grupo de las cuatro edades del hombre, cada una de las cuales da la segunda nota de cada cuarto de hora, y la Muerte, que ocupa el centro, señala las horas. Encima, y en el tercer cuerpo, aparece el Salvador del mundo con la bandera de la redencion y bendiciendo á los doce apóstoles, que van pasando delante del Divino Maestro en el momento en que la Muerte señala la hora. Estas figuras de movimiento atraen siempre las miradas de multitud de curiosos que acuden á la iglesia y esperan ansiosos las horas para verlos pasar.

PARIS.

La Ilustracion ofrece en este número á sus lectores una magnífica lámina que representa el panorama de Paris á vista de pájaro desde el terrado de la iglesia de San Gervasio. No ya en la época actual en la que Paris, fortificado y preparado á la defensa, presenta una fisonomía especial, sino en todo tiempo la vista panorámica de la capital de Francia ofrece un interés particular. No tiene punto de comparacion con las de las principales capitales de Europa. Lóndres presenta un golpe de vista vulgar; Berlin, con sus líneas iguales, es monótono; Viena es pobre; y Paris, sin poseer mayor número de edificios notables que las capitales citadas, por la situacion que ocupan, por la diversidad de su estilo arquitectónico, por la extension que abarca, brinda á los ojos un espectáculo sorprendente y grandioso.

La vista que reproducimos está tomada desde el terrado ó azotea primera de la torre de San Gervasio, iglesia situada en la rue Jacques de Brosse. Es el mejor punto para descubrir los principales edificios, el curso del rio con sus variados puentes desde el *Hotel de Ville* hasta el *Arco de la Estrella*. El edificio próximo al observatorio que hemos escogido es el *Hotel de Ville* ó casa de Ayuntamiento. Á la izquierda empiezan los malecones. Por ellos avanzan los guardias móviles que, formados en batalla, aparecen en la lámina. Los principales edificios que se ven en la orilla izquierda del rio son el Tribunal de Cuentas, el Palacio de Justicia y la Santa Capilla. Siguen despues la Casa de la Moneda, el Instituto y el Cuerpo legislativo. La iglesia gótica que aparece aislada en el fondo con dos agujas en el frontis, es santa Clotilde. Otra iglesia que hay á la izquierda con una torre muy elevada, es Saint-Germain des Pres. Siguiendo la línea central de la lámina, despues del *Hotel de Ville* Saint-Germain de l'Auxerrois se halla el Louvre enlazado con el palacio de las Tullerías, los jardines, la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, el palacio de la Industria, y por último, el Arco de la Estrella. Volviendo al punto de partida, á la derecha empieza y se extiende la magnífica rue de Rivoli con el Square, en donde se levanta la esbelta torre gótica de Saint-Jacques de la Boveheri, el teatro Lírico, el del Chatelet y los espléndidos edificios del hotel del Louvre, el palais Royal, etc.

Los que han visitado á Paris podrán reconocer en esta vista las calles y los edificios que aparecen, y estamos seguros de que no hallarán un panorama más completo de la ciudad amenazada hoy por las bombas de los prusianos.

CAMPAMENTO

EN LOS ALREDEDORES DE BARCELONA.

Nuestros lectores saben que al poco tiempo de declararse la fiebre amarilla en la capital de Cataluña, la autoridad militar dispuso, con el objeto de evitar que se cebase en las tropas tan terrible enfermedad, la salida de algunas fuerzas de la guarnicion.

El grabado que publicamos en la pág. 412 representa el campamento formado para albergar las tropas en los alrededores de la capital.

UN OBSERVATORIO MILITAR.

Nadie hubiera creido al ver desaparecer del pedestal donde se levantaba en el *rond-point* de Courbevoie, en París, la estátua de Napoleon I, para ser trasladada á la columna Vendome, que el puesto que dejaba vacante el capitan del siglo, se viese convertido en 1870 en observatorio militar de los soldados encargados de la defensa de Paris; y sin embargo, esto es lo que ha sucedido. Courbevoie, arrabal próximo á París, ha sido fortificado con reductos, y el *rond-point* ó plaza céntrica ha prestado el pedestal de la estátua indicada para observatorio. Desde allí observan los franceses al enemigo, abarcando todo el espacio que ocupan entre Versalles y Saint-Cloud. Nuestros lectores pueden ver el mencionado observatorio en el grabado que publicamos en la pág. 412.

LA CELDA DEL TASSO EN SAN ONOFRE.

RECUERDOS DE VIAJE.

De cuantos génios ha producido la Italia en los pasados siglos, ninguno es para mí tan simpático como el Tasso. Sin la profundidad de Dante, sin la dulzura de Petrarca, sin la riqueza de imaginacion de Ariosto, hay en él al mismo tiempo tanta imaginacion, dulzura tanta y tan grande profundidad, que leyendo su admirable poema y áun en la creencia casi general de que no es otra cosa que una imitacion de la *Iliada*, llega uno á convencerse bien pronto que más de una vez ha pintado el Tasso lo que Homero no habia hecho más que dibujar.

Pero así y todo, no es el talento del poeta lo que á mí me seduce ó me conmueve: es la existencia azarosa del hombre; la cadena no interrumpida de sus desgracias; la historia tierna de sus amores, y más que nada, su cristiana resignacion.

Perseguido desde la edad de ocho años, sin patria, sin bienes, sin familia; calumniado más tarde por los enemigos que su talento le creaba; elogiado negligentemente por los que se decian sus amigos, sufrió el destierro, la prision, la más extremada pobreza, el hambre misma, y de todas estas pruebas salió siempre triunfante, sin que en su corazon se arraigara jamás el ódio.

Tales razones, y la no ménos poderosa de la curiosidad que inspiran siempre los sitios consagrados por el recuerdo y la tradicion, me llevaron una tarde á visitar en Roma el convento de San Onofre, lugar que escogió el Tasso para su retiro, y en el cual murió, precisamente el dia ántes del señalado para su coronacion, «como si la fortuna hubiera querido engañarle hasta el último momento.»

Formóse, pues, una alegre caravana de amigos, y paso á paso tomamos á pechos las empinadas calles del Trastevere que debian conducirnos al fin de nuestra peregrinacion. Aunque españoles todos, y algunos llegados no hacia mucho tiempo, todos conocíamos á Roma de memoria y la habíamos estudiado en todos sus aspectos, desde el Palatino á la Marmorata; desde el pobre altar de la prision Mamertina hasta la soberbia basílica, cuyas capillas son otras tantas catedrales. Pero en cambio, casi ninguno habia visitado San Onofre, lo cual indica que entre nosotros, los artistas dominaban á los poetas.

Llevados, por lo tanto, del mismo deseo; haciendo historia unas veces y requebrando otras á las trasteverinas que nos salian al paso, ó nos contemplaban con risa, sentadas á la puerta de sus antiguas viviendas, no tardamos en dar fin á nuestra ascension, y jadeantes y sudorosos llamamos á la puerta del convento.

Exteriormente, nada ofrece éste de particular. Un pequeño pórtico á la derecha con algunos sepulcros en la pared; un cuerpo de edificio sin ningun carácter monumental, y una tapia muy blanqueada que rodea su recinto, tal es el convento de San Onofre, cuya puerta nos abrió al primer campanillazo un demacrado fraile, que apenas conocido el objeto de nuestra visita, se prestó de muy buena voluntad á servirnos de *cicerone*.

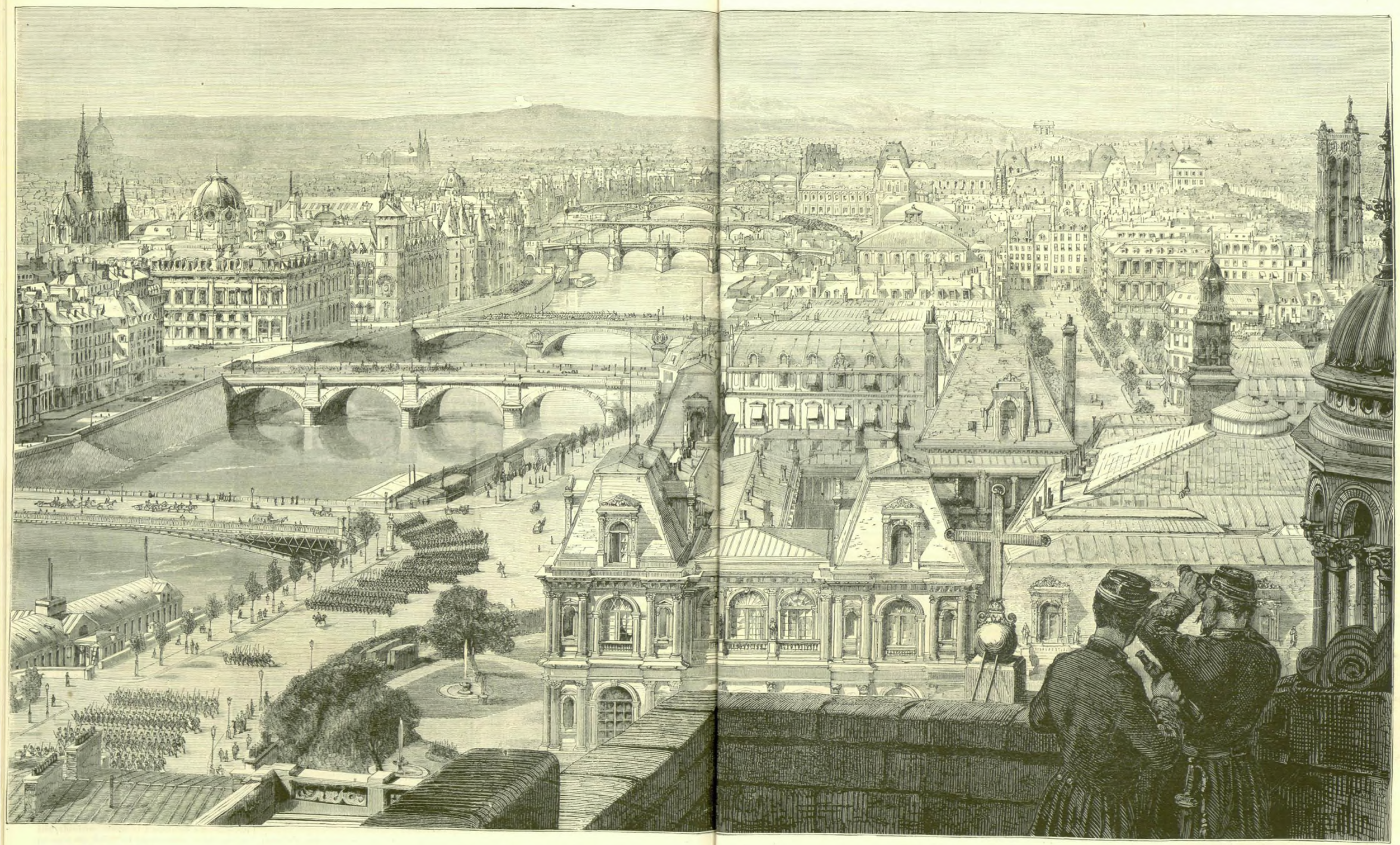
Despues de atravesar una larga galería y un salon donde sólo vimos algunos cuadros muy medianos; despues de haber contemplado desde los balcones el soberbio panorama que desde allí presenta Roma con sus inmensos palacios, sus majestuosos acueductos, sus quinientas iglesias y sus pintorescas *villas*, el buen fraile hizo rechinar una cerradura, y nos introdujo en la celda del autor de la *Jerusalem libertada*.

No sin emocion, emocion que se tradujo en el hecho de descubrirnos todos la cabeza, penetramos en el estrecho recinto donde cayeron las lágrimas del infeliz amante de Eleonora, recinto que apenas medirá la extension de quince ó veinte piés en cuadro, y que se conserva tal y conforme lo dejó su ilustre huésped. Un balcon que como todos los de este lado del edificio, domina la vasta extension de la ciudad y la campiña romana, distinguiéndose casi en primer término los bellos jardines de la Farnesina (cuyo palacio, que pintó Rafael, ha venido á ser hoy propiedad del señor Bermudez de Castro), sirve para dar luz y alegría á la modesta estancia, donde se miran en elegante desórden la pobre mesa y el sillon de cuero del poeta; un cuadro que contiene la última carta escrita por su mano, y en la cual anuncia á un amigo su próximo y desgraciado fin; varias coronas y guirnaldas de laurel y flores imitadas que sirvieron para sus funerales; dos ó tres libros de los que él leia con preferencia, y algunos objetos de su uso.

En la pared que da frente á la puerta han tenido los frailes la singular idea de hacer pintar al fresco el retrato del Tasso, de tamaño natural y con el traje de la época; pero de tal manera, que arrancando la figura desde el suelo, y estando colocada en actitud de andar, parece en efecto que se está paseando por la habitacion.

Desde ésta, y siguiendo siempre á nuestro ilustrado *cicerone*, nos dirigimos á la huerta, sembrada toda de legumbres y cultivada por los frailes, que acaso no tienen otro alimento ni otra renta, con gran esmero y aplicacion.

En esta huerta, y sobre una especie de plazoleta, formada al declive de una pequeña colina, se ven las



VISTA DE PARIS, DURANTE EL SITIO, TOMADA DESDE ERRADO DE LA IGLESIA DE SAN GERVASIO.

ruinas de una fuente, unos cuantos asientos de piedra y un árbol que seria magnífico en su tiempo, y que es todavía hermoso, á pesar de haberlo destrozado un rayo años atrás; es la celebrada encina del Tasso.

La fama cuenta que todos los dias, á la caida de la tarde, venia el poeta á sentarse bajo aquella encina, y á contemplar desde allí el sublime espectáculo de la puesta del sol, y el no ménos sublime de la ciudad, cuyos vagos rumores llegaban apenas á sus oidos.

¡Qué soledad tan encantadora para su alma tan enferma! ¡Cuántas veces al pensar el pobre Torcuato en lo caras que habia comprado la inmortalidad y la gloria, se le ocurriria exclamar con el héroe de su poema:

Molto soffri nel glorioso acquisto.

La triteza del recuerdo y del lugar se iba tambien apoderando de nosotros, cuando uno dió muy discretamente la señal de marcha; era muy cerca de la noche; dejamos una limosna para el convento, y nos encaminamos al Teatro Argentina, donde una compañía muy mala debia cantarnos no se qué ópera muy buena.

MANUEL DEL PALACIO.

UNA EXPEDICION Á LAS RUINAS DE BOBASTRO.

CARTAS DIRIGIDAS

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

CARTA PRIMERA.

Granada 1.º de Noviembre.

Mi respetable amigo y dueño: hallándome este verano en la villa de Alora, de la provincia de Málaga, quise matar el ócio examinando alguna de las curiosidades, así naturales como artísticas é históricas, que encierra aquella poblacion y su término.

No es *Alora* lugar famoso en la historia como teatro de grandes sucesos: pueblo esencialmente agrícola, debe su vida y prosperidad á sus frondosas huertas y fructíferos collados. Es una poblacion alegre, que asentada sobre rocas al pié de la gigante sierra del Hacho, disfruta un vistoso panorama de verdes limonares que fecunda el rio Guadalhorce, de risueños cortijos tendidos en las colinas y de pintorescas montañas que limitan el horizonte.

En su iglesia parroquial vi un pedestal erigido al emperador César Domiciano (1), donde se lee:

IMP · DOMITIANO · CAESARI
AVG · GERMANICO
L · MVNNIVS · QVIR · NOVATVS · ET
L · MVNNIVS · QVIR · AVRELIANVS
C · R · PER HONOREM · IIVIR · CONSECVTI
D · S · P · D · D

En sus huertas hallé una estátua romana, tan bella en su escultura cuanto destrozada por las injurias del tiempo, y muchos restos de fábricas antiguas, donde se descubren con frecuencia monedas imperiales; el mismo recinto de la villa conserva *las Torres*, restos de un castillo árabe y de una iglesia gótica poco posterior á la reconquista.

Tambien me enseñaron algunas armas é instrumentos de la llamada edad de piedra, y finalmente, me hablaron de antiguallas prehistóricas y casi antidiluvianas halladas en las mismas entrañas de las rocas, barrenadas para la moderna obra del ferro-carril.

Pero lo que juzgo más interesante y quiero someter al buen criterio de usted y á su gran pericia arqueológica, es lo que ví y oí en mi expedicion á la *Mesa de Villaverde*, situada en el corazon de las sierras que se extienden al Norte de Alora.

Yo creo que aquellas formidables cumbres que ostentan grandes ruinas de antiguas fortificaciones, fueron el asiento del famoso castillo de *Barbaxter*, *Bobaxter* ó *Bobastro*, baluarte de la nacionalidad hispano-cristiana en el último tercio del siglo IX y primero del X. Yo creo, con un ilustre ingenio de nuestros dias (1), que aquellas fueron *las nuevas Astúrias*, donde el celebérrimo caudillo de linaje godo OMAR BEN HAFSUN renovó, con igual gloria, aunque con ménos fortuna, las hazañas de los Pelayos y Alfonsos.

Como la historia y la topografía de aquellos sucesos no están suficientemente estudiadas aún; como la ignorancia del sitio ha desfigurado lastimosamente la historia de aquellas campañas, juzgo oportuno comunicar á usted por vía de consulta, primeramente la relacion de mi viaje, y luégo la discusion de los textos arábigos y demás documentos que pueden ilustrar la cuestion.

Acompañado por personas prácticas y conocedoras de aquellos extraviados lugares, y llevando conmigo los textos de los autores árabes que hablan de Bobastro, me encaminé en busca de la Mesa de Villaverde (2).

Esta mesa está situada en las vertientes meridionales de la sierra de Antequera, sobre la orilla derecha del rio Guadalhorce que la corta de N. á S., distando legua y media al N. O. de Alora, una corta al E. de Hardales, tres al S. O. del Valle de Abdalajiz, y dos al N. de Casarabonela.

Para buscarla, pues, desde Alora, salimos de esta villa en direccion del N. y de la mencionada sierra, sirviéndonos de guia las riberas del Guadalhorce y la línea férrea que desde Málaga conduce á Córdoba, pasando por Alora y Bobadilla. Á la mitad de la jornada pasamos cerca del cortijo de *Bombichar*, cuyo nombre pudiera ser corrupcion de Bobaxter. Prosiguiendo nuestro camino por un terreno que á cada paso se hacia más áspero y fragoso, llegamos á los pintorescos tajos del *Chorro* ó Salto del Guadalhorce, por donde se despeña este rio, franqueando por estrecha garganta las rocas y precipicios de la sierra.

Al llegar á este sitio solitario, sombrío y formidable, ya no dudé que estaba próximo á la inaccesible y fortísima morada del indomable guerrero, terror de los sultanes cordobeses. En efecto, sólo un valle estrecho, el arroyo de Villaverde, separa los altísimos tajos del Chorro de los gigantescos cerros que forman la Mesa.

Aquel sitio, aunque siempre admirable y sublime, ha perdido en nuestros dias mucho de su antigua y natural magnificencia que recuerdan los naturales del país. Ya el rio, que ha carcomido y ahondado su estrechísimo cáuce, no se precipita como ántes en altísima cascada, por debajo de la cual, segun cuentan, solian atravesar carretas tiradas por bueyes; ya han huido las espesas bandadas de palomas azules que ántes poblaban las quiebras del Chorro. La via férrea que atraviesa por inmensos túneles el corazon de aquellas montañas, y deja ver un puente colgado á enorme altura en un ángulo de los empinadísimos tajos, ha robado á aquel lugar mucha parte de su aspereza, su silencio y soledad.

Para subir á la Mesa echamos por el arroyo ó torrente de Villaverde, que al pié del mismo Chorro se une con el Guadalhorce. Dejando á la derecha los tajos del Chorro, los Gaitanes y el Almorchon, y cortando con trabajo la frondosa espesura de juncos, carrizos y adelfas que tapiza el valle, llegamos al pié de la antigua ermita de Nuestra Señora de Villaverde. Este santuario, que se asienta en un ribazo sobre el arroyo del mismo nombre y al pié de una altura llamada el Castillon, no debe pasar desatendido en la relacion de mi viaje. Debe su nombre á una imágen de Nuestra Señora, que se venera allí desde remota antigüedad (1) con gran devocion de aquellos montañeses, agradecidos á sus milagrosos beneficios. Es una pequeña y preciosa estátua de talla, que segun la tradicion se halló milagrosamente en aquel sitio, siendo arzobispo de Sevilla San Isidoro, año 636. Bajo la dominacion sarracénica estuvo escondida largo tiempo, hasta que un venerable sacerdote de aquel territorio la halló en una cueva cerca de la ermita, por revelacion de la misma Reina de los cielos. Dícese que este descubrimiento se hizo en tiempo del ínclito rey San Fernando, y á ser así, habria todavía en aquella comarca cristianos mozárabes. Todos estos datos los leí en un cuadro que hay en la ermita, donde se cita la autoridad de un escritor llamado Fernando Acevedo.

Los habitantes del país aseguran que aquella venerable efigie, llevada de la gruta donde se halló al vecino pueblo de Hardales, desapareció de allí y volvió á encontrarse en la gruta, por cuya razon cerca de ella se le erigió aquel pequeño santuario. Lo que puedo asegurar es que en tiempos de epidemia, y especialmente durante las últimas invasiones del cólera, la imágen de Nuestra Señora de Villaverde ha sido llevada á la iglesia de Hardales, alejando con su presencia el terrible azote. Los moradores de los vecinos pueblos de Hardales y el Valle de Abdalajiz se han disputado muchas veces la milagrosa efigie; y sobre el altar mayor de la ermita ví un testimonio de aquella piadosa competencia. Es una pintura al óleo que representa á Nuestra Señora de Villaverde elevada sobre nubes en medio de dos sacerdotes, uno de Hardales y otro del Valle, en actitud de fervorosa oracion, como si cada cual pidiese á la Santísima Virgen que decidiese la competencia en su propio favor.

Es de notar que en el mismo santuario, y sobre los muros laterales, hay otras dos pinturas al óleo, algo maltratadas por el tiempo, que representan á los santos mártires de Elepla, los hermanos Walabonso y María, que padecieron en Córdoba bajo la persecucion sarracénica, año 851. Yo creo que estos cuadros se debieron á la devocion de algun habitante de aquel territorio, que creyó haber estado en las vecinas Mesas la antigua ciudad de Elepla ilustrada por el nacimiento de aquellos gloriosos mártires mozárabes (2). Pero de esta opinion, errónea sin duda, debo tratar más adelante.

Cuando visité aquel santuario (el dia 5 de Setiembre) se hacian algunos preparativos para una funcion y feria que debia verificarse en aquel lugar tres dias despues en obsequio de Nuestra Señora de Villaverde, que se celebra en la fiesta de la Natividad. Con este motivo acuden allí muchos devotos de los cercanos pueblos; y segun me afirmaron, antiguamente los vecinos de Alora, Hardales y el Valle, solian celebrar allí el popular simulacro de moros y cristianos; recordando quizá las sangrientas peleas reñidas en aquellos mismos sitios hace nueve siglos entre árabes y españoles.

Desde la ermita continuamos nuestro camino á la Mesa, trepando largo rato por las tortuosas y estrechas sendas que surcan y rodean la montaña.

La Mesa de Villaverde se forma por la union de tres cerros escarpados y altísimos que juntan en una sola sus cumbres. Divídese, por decirlo así, en dos partes: el declive llamado *los andenes*, y *la mesa* propiamente dicha.

Casi á la mitad de la subida (sobre el camino de Hardales) nos detuvimos en unas grandes mesetas, donde vimos muchas tejas y ladrillos, despojo de antiguas construcciones, y grandes piedras cuadradas, restos indudables de fortísimas murallas que guarnecian y defendian aquella parte de la montaña. Al frente de la meseta principal que mira hácia el N., subsiste aún el edificio conocido hoy por la *Casa de la Moneda*, abierto y labrado á pico en la roca del monte. Aunque

(1) Hoy sirve de columna á la pila del agua bendita. La lectura de esta inscripcion, que tenemos por inédita, la debemos al señor Fernandez Guerra: *suum cuique*.

(1) Mi inolvidable maestro don Serafin E. Calderon, en su notable *Epístola aljamiada*, que publicaron en 1861 varios periódicos de Madrid.

En el año de 1852 sacó á luz la Real Academia de la Historia el tomo VIII de sus *Memorias*; y con ellas la muy erudita del señor don Pascual de Gayangos sobre la *Autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, diciendo una nota de la página 60: «Don Miguel Lafuente Alcántara opina que Bobaxter estuvo donde hoy se descubren las ruinas de Villaverde.»

(2) Aquí debo consagrar un recuerdo de gratitud á la buena compañía del ilustrado jóven don Juan San Martin, de Alora, que me valió mucho en la expedicion.

(1) Ya Pedraza, á principios del siglo XVII, afirmaba que aquella ermita é imágen eran muy antiguas. *Hist. ecl. de Gran.*, fól. 60, de la edicion de 1636.

(2) Sin duda la patria de estos mártires fué la Elepla ó *Ilipula minor*, y no la Elepla occidental, hoy Niebla. Aquella Elepla estuvo en los Cortijos de Repla, como se verá más adelante.

barrenado y destruido en parte por la codicia de buscar tesoros, muy en boga entre los naturales de la tierra, conserva gran parte de su primitiva fábrica, dejando ver tres órdenes sucesivos de aposentos, una puerta y grandes ventanas circulares, todo tallado en la dura roca. A la espalda de este edificio, que se apoya en la falda del monte, y algo arredrado de él, se conserva una especie de cuarto, ó casa menor, labrado tambien en la peña. En medio de la mesa hay un aljibe muy grande y hondo; señales todas de un baluarte ó plaza de armas, destinado á defender las grandes fortificaciones de las mesas superiores por donde pudiera tener algun acceso. Pero no eran estos los únicos reparos que dificultaban la subida á las cumbres, como se verá despues. Desde esta meseta descubrimos el castillo de Teba al N., y el pueblo de Cañete la Real al N. O.

Desde la Casa de la Moneda continuamos trepando hasta llegar á las altas cumbres ó Mesa, cuya extension compite con su altura. La Mesa de Villaverde mide próximamente media legua de longitud y un cuarto de legua de latitud. Su figura es irregular, y la superficie no del todo llana, sino suavemente levantada ó deprimida á largos trechos. En diversos puntos hay aljibes de más ó ménos profundidad, muchos escombros de ladrillos y tejas, restos de antiguos edificios, y en distintas partes de su circuito se conservan aún señales evidentes de varios órdenes de muros, construidos de grandes piedras cortadas, conociéndose que en lo antiguo todo el recinto de la Mesa estaba amurallado.

En el extremo más oriental de la Mesa, dominando enormes tajos, cuyos piés baña el rio Guadalhorce, se forma un otero ó altozano llamado el *Castillon*, que no debe confundirse con el cerro del mismo nombre, separado de la Mesa por el arroyo de Villaverde (1) El altozano á que me refiero debió ser la parte más fortificada de la Mesa, formando un formidable baluarte ó castillo, á que debe por tradicion su nombre actual. Así lo acreditan grandes trozos de murallas y áun de torreones que hoy se descubren, construidos de piedras cortadas, y mayor copia de escombros que en el resto de la Mesa: tambien hay un aljibe. En su falda, á la parte del S. E. se ven grandes fragmentos de muros y reductos, que defendian el único punto accesible de aquella fortaleza.

El Castillon domina el territorio vecino y goza de magníficas vistas de montañas, arroyos y pueblos. En primer término se dibuja al O. la roca de Hardales, que oculta el pueblo de su nombre; al N. E. el camino del Valle de Abdalajiz, abierto en las ásperas vertientes de la sierra de Antequera; al S. E. se dilata la vista por un risueño y verde valle que fecunda el rio Guadalhorce dirigiéndose hácia Alora; de N. á E. limitan el horizonte las peladas cumbres y gigantescos tajos, pintados de rojo y azul, del Almorchon, de los Gaitanes y del Chorro.

Más léjos al N. O., se descubre Cañete la Real; más al Norte, el castillo de Teba, levantado en una altura, y los pueblos de Peñarrubia y Campillos; al N. E., el pintoresco Torcal de Antequera, en cuyas raíces se esconde la antigua *Nescania;* más al E., el Campo de Cámara; al S. E. la Sierra del Hacho, en cuyos pliegues se esconde Alora; al S., está Casarabonela; y al S. O. se levanta la alta sierra de Caparain ó *Alcaprain*, de la cual desgajándose, por decirlo así, dos rocas, dan asiento por el Mediodía al castillo de Turon, y por la parte septentrional al de Hardales.

Dignos tambien de exámen y estudio son *los Andenes;* es decir, las laderas de la misma Mesa, que ostentan muchas cuevas y aposentos cavados en la roca. Al subir por el paraje llamado *los Aposentillos*, y al pié de éstos, mirando al S. E., está la cueva llamada *la Casa de la Reina*, con varias estancias, á que se asciende por una escalera tallada en la peña, y con grandes ventanas que miran al rio Guadalhorce. Más arriba, y cerca de las cumbres, está *la Cueva de la Encantada*. En el sitio llamado *la Puerta del Sol* hay grandes cuevas, entre ellas la llamada de *Diego Gomez*, donde hoy habita el colono de la Mesa, que cultiva un pequeño olivar en aquella ladera y una viña en las cumbres. En estas cuevas se ven unas grandes cornisas formadas por la misma roca del monte y labradas primorosamente á modo de arabescos. Yo creo que estas y otras cuevas que á cada paso se abren en los Andenes, eran puestos estratégicos destinados á defender el acceso de la Mesa, y á ofender con piedras y armas arrojadizas á los enemigos que se atreviesen á penetrar en los valles y ramblas vecinas.

La Mesa de Villaverde es en su mayor parte inaccesible é inexpugnable, como defendida por la naturaleza con altísimos tajos, horribles derrumbaderos y profundos barrancos. La accion destructora del tiempo, los largos asedios y algunos trabajos de labor, han vencido un tanto su primitiva aspereza, y á ello se debe que su acceso sea hoy más fácil que en los pasados siglos. Hoy sus principales subidas son dos: *los Puertezuelos* al O. y *la Puerta del Sol* al S. E. Pero áun ahora la subida es ágria y difícil, pues se hace á favor de sendas estrechas y tortuosas, inaccesibles á huestes armadas, y que fácilmente se pudieran defender por las obras de fortificacion que existian en lo antiguo y por las cuevas de los Andenes.

Este acceso debia ser mucho más difícil en las estaciones de las lluvias, cuando los torrentes y arroyos crecidos convertian la Mesa casi en una isla. Rodéanla, en efecto, el rio Guadalhorce, el arroyo de Villaverde, el del Granado y el del Colmenar, que viene de la parte de Hardales.

Cerca de la Mesa se levantan muchos cerros igualmente altos y escarpados, que el señor de aquel castillo debió fortificar para dificultar el paso de las huestes cordobesas. Tales son, primero, *el Castillon*, que no debe confundirse con el de la Mesa, y dista de ella como un tiro de bala, atravesando entre ambos montes el arroyo de Villaverde. Llámase así por conservar restos de obras antiguas, y en él se han descubierto dos cuartos abiertos á pico en la roca, que es de mármol rojizo durísimo. Los naturales del país, cavando allí en busca de tesoros, han encontrado una especie de mina ó paso subterráneo que atraviesa, con alguna inclinacion, el corazon del cerro, y en opinion de aquella gente se comunica con una cueva ó gruta abierta en la parte opuesta del monte.

Confinando con el Castillon y sobre el mismo arroyo de Villaverde, que lo separa igualmente de la Mesa, se alza el empinado cerro llamado el *Almorchon*, donde, segun me dijeron, se encuentran ruinas de un viejo castillo. Finalmente, más abajo del Almorchon, entre este monte y los tajos del Chorro, se levantan los dos formidables peñascos de los *Gaitanes*, cuya forma da suficiente razon de su nombre arábigo *Haitán*, es decir, dos muros, y por medio de los cuales atraviesan los túneles del ferro-carril.

Tal es la situacion de la Mesa de Villaverde. Para fijar la importancia y nombre histórico de aquellas ruinas, debo acudir á los escritores arábigos; pero siendo ya muy larga la presente epístola, no molestaré más por hoy la atencion de usted. Entre tanto, usted se servirá favorecerme con algunas letras, suministrándome datos y observaciones que serán de indudable utilidad para resolver mejor este curioso problema geográfico-histórico y dar feliz cima á mi tarea.

Esperándolas, queda suyo atento y apasionado servidor y amigo Q. B. S. M.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

(1) Por la identidad del nombre, alguno ha confundido este último Castillon con el de *Singilia*, de que hablaré despues.

ÁLBUM POÉTICO.

—

A...

A tí, de mi vida encanto,
A tí que en misterio adoro,
A tí por quien vierto lloro,
A tí dedico este canto.

—

No te admire, bella mia,
Si pocos mis cantos son;
Yo llevo en el corazon,
No en los labios, la armonía.

—

Y no halles en ello agravio,
Porque el amor más divino
Es el que ignora el camino
Que hay del corazon al labio.

—

Yo, pues, de allí no lo quito;
Que en la lengua de los hombres,
En vano buscara nombres
Para expresar lo infinito.

—

Perdiera en vano la calma,
Yendo de cantarte en pos,
Un amor que es como Dios,
Que le dió vida en mi alma.

—

Amor que darte querria
En himno eterno y profundo,
En cada palabra un mundo,
Un torrente de armonía.

—

Pero es inútil tentarlo;
Que una vez mas tú al oirlo,
Me vieras grande al sentirlo
Y pequeño al expresarlo.

—

¡Nadie su impotencia toca
Como el poeta sin calma,
Que mostrar no puede el alma
Sino á través de la boca! ..

—

Ya, pues, no te asombrarás
Cuando trovas no te mande;
Que será mi amor mas grande,
En cuanto enmudezca más!...

R. MOLY DE BAÑOS.

EL BRIGADIER GENERAL DON MANUEL ORIBE,

FUNDADOR DEL PARTIDO BLANCO DE MONTEVIDEO.

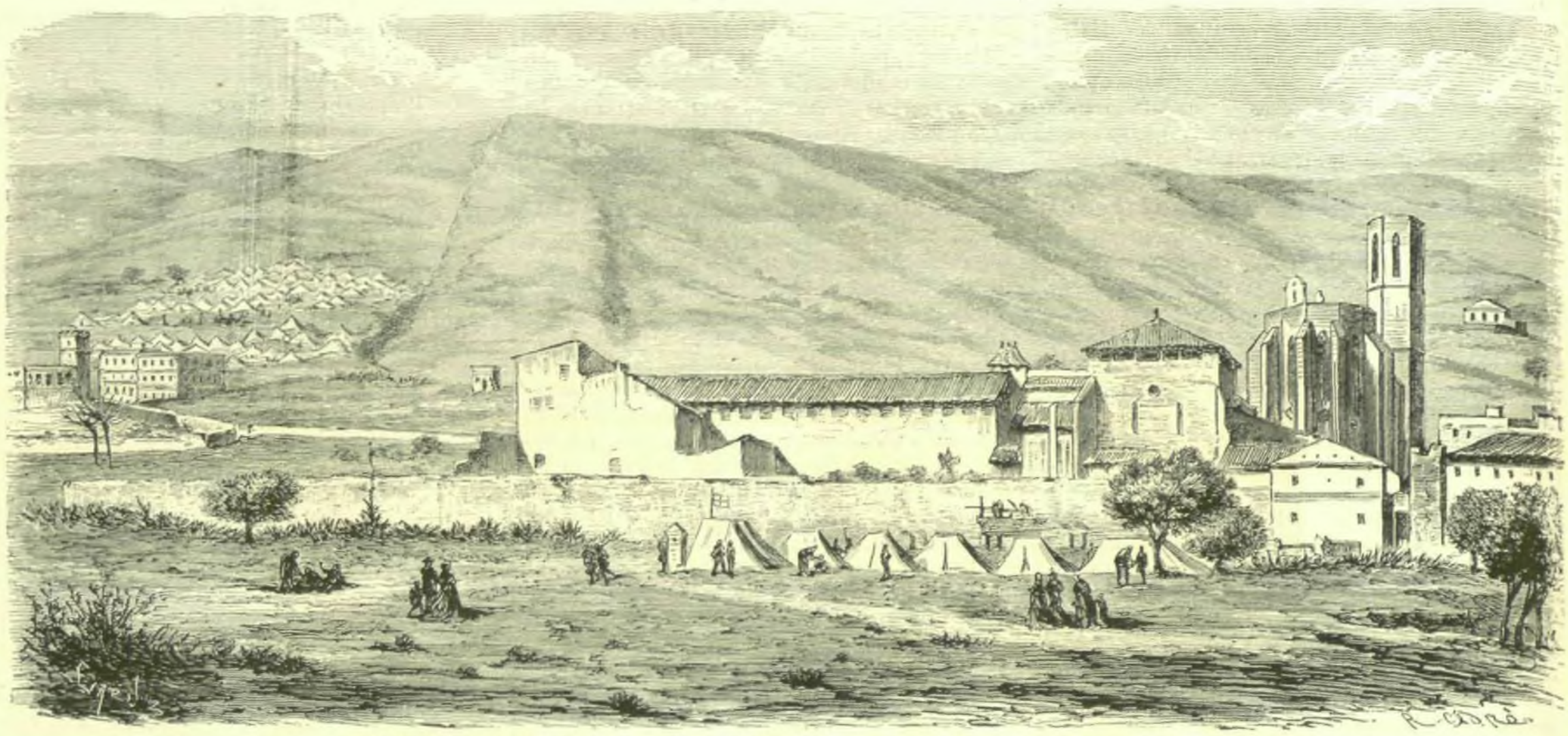
La encarnizada lucha que viene sosteniendo el partido *blanco* y el *colorado* en la república oriental del Uruguay desde la época en que el brigadier general don Manuel Oribe se elevó á la presidencia de aquel Estado, es un acontecimiento lastimoso que con razon preocupa y aflige á todos los pueblos civilizados, especialmente á los que pertenecen á la *raza latina*. Bien hizo el malogrado Berro, uno de los primeros hombres de la expresada república, en pugnar por la *fusion* de ambos partidos, conocedor como era del espíritu de aquel pueblo, digno por tantos títulos de verse libre para siempre del elemento guerrillero y depredador, que retrasa notablemente su desarrollo, impulsado poderosa y visiblemente por la pujante carrera del siglo. Abrigamos, empero, la esperanza de que ha de llegar un dia de *paz* y *ventura* para tan hospitalario, culto y ameno país, para lo cual tenemos en vista la aptitud conciliadora de sus más nobles é ilustrados hijos, muchos de los cuales, educados en Europa, sabrán aconsejar á sus compatriotas una política de *fraternidad* ajena completamente á las cábalas de los que, gráficamente hablando, sólo merecen el nombre de *degolladores*. Y decimos esto, no para renovar antiguas llagas de partido, pero sí para compeler á los militantes de aquel hermoso país á la *paz* y *fraternidad*, verdadera fuente de la riqueza pública.

Don Manuel Oribe procedia de una familia distinguida, y fué educado en España, á la que profesó siempre particular predileccion.

Á los primeros gritos que las repúblicas del Sur de América lanzaron de *independencia*, sonó en 1810 el de la misma en el Estado oriental del Uruguay, siendo Artigas, Oribe y otros los primeros en esta cruzada, con una pléyada de jóvenes ávidos de libertad que no siempre se alcanza áun con el mejor deseo de adquirirla.

Despues que Artigas en 1811 salió de la colonia del Sacramento amenazando á Atuesas, voló el jóven Oribe á incorporarse en sus filas como voluntario,

MINISTERIO DE EDUCAC
INSTITUTO DE ARTE

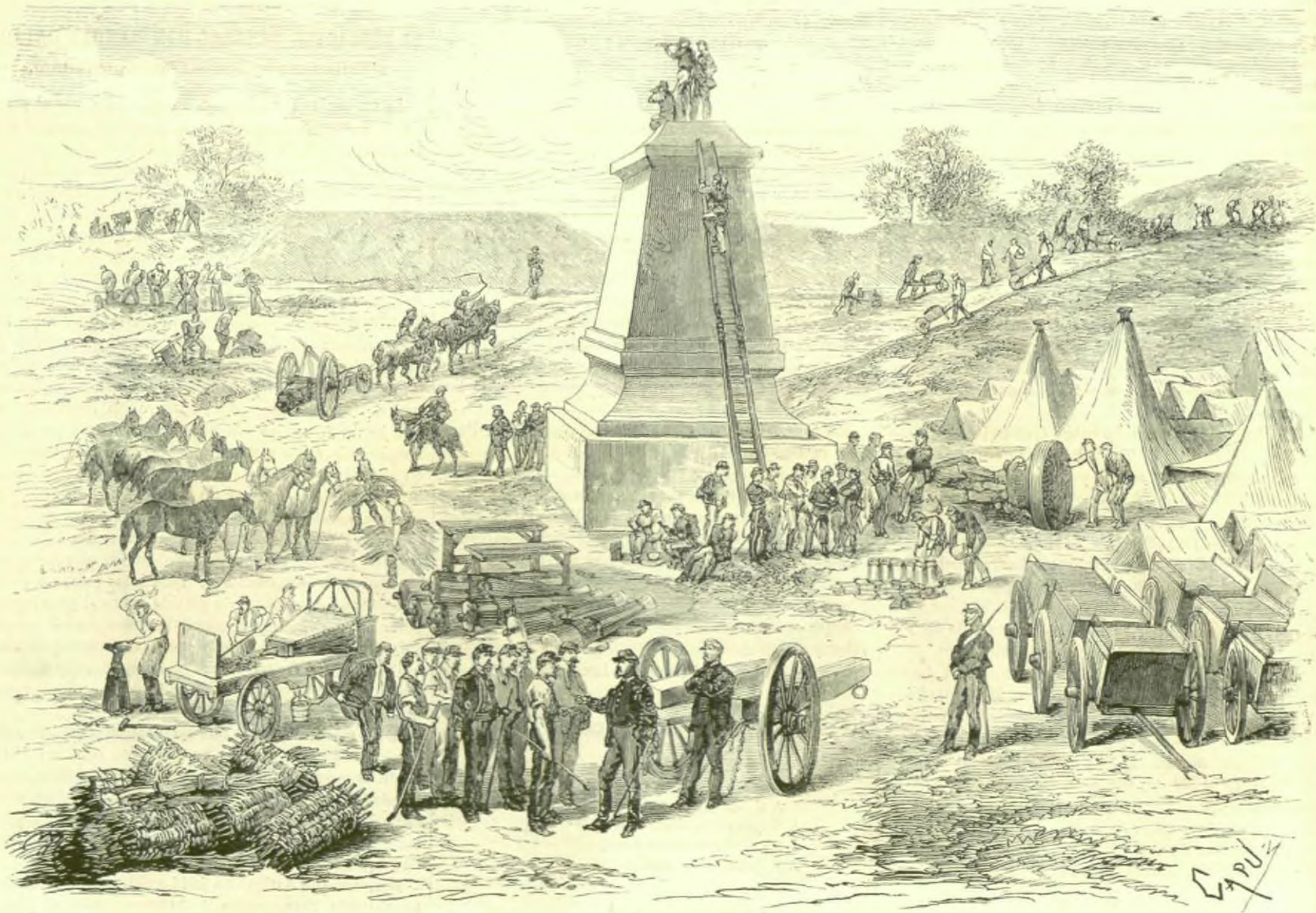


ESPAÑA.—CAMPAMENTO EN LAS AFUERAS DE BARCELONA CON MOTIVO DE LA FIEBRE AMARILLA.

casi en los momentos mismos en que el ejército del país batia, al mando de Vigodet y Atuesas, á los españoles en el Cerrito, llamado de la *Victoria*, por la que alcanzaron contra éstos los orientales pugnando por su *emancipacion*.

Capituladas las fuerzas de la plaza (distante del Cerrito unas dos leguas) con el general Alvear, fué nombrado Oribe ayudante del gobernador señor Soler, en cuyo destino se hallaba aún cuando los argentinos abandonaron el Estado oriental, por no hacer más ostensibles las rencillas que tenian con Artigas pues pudo ser presagio de una ruptura de hostilidades entre ellos y los orientales.

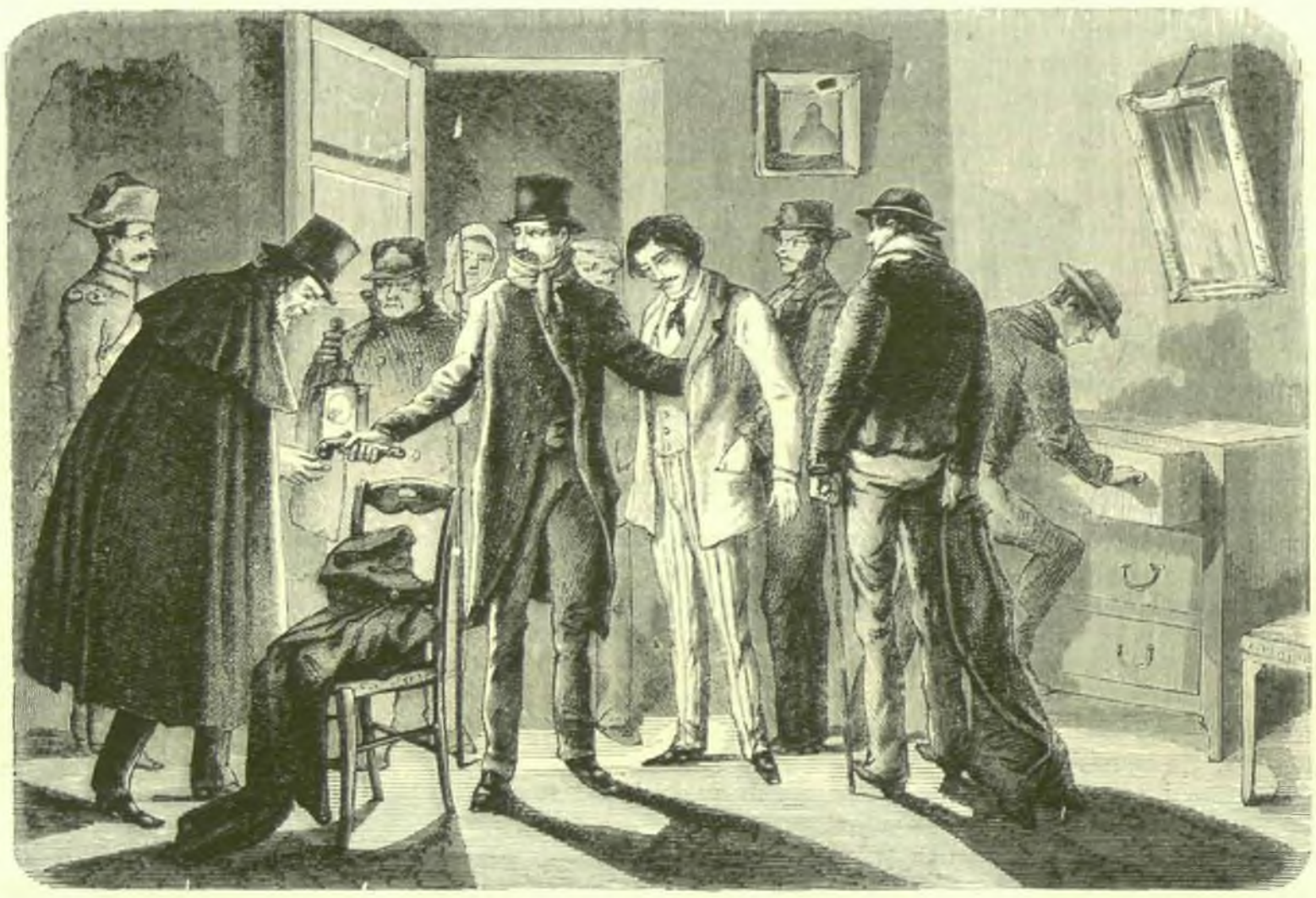
Cuando los portugueses del Brasil hostilizaron y vencieron en Montevideo, Oribe emigró á Buenos



LA GUERRA.—OBSERVATORIO MILITAR IMPROVISADO EN LA PLAZA DE COURBEVOIE SOBRE EL PEDESTAL DE UNA COLUMNA.

Aires, quien no quiso aceptar la vuelta á su patria por la pacificacion ofrecida á ella por los portugueses en 1817, y aceptada por el cabildo de Montevideo.

En 1821 volvió á su pais huyendo de la guerra civil que estallara en Buenos-Aires, sufriendo el disgusto de verlo anexionado al Brasil, por el síndico procurador del Estado, don Tomás García de Zúñiga, que fué el que propuso la anexion al emperador del Brasil. Oribe se negó á firmar este contrato, permaneciendo neutral, hasta que declarada la independencia del Brasil y rota la alianza de este pais con Portugal, Costa se decidió por la independencia de Montevideo, y se puso enfrente de Lecor, jefe de las tropas brasileñas en el Uruguay. Oribe se puso al frente de las tropas del cabildo, recibiendo en esta ocasion los despachos de sargento mayor y comandante del cuerpo de caballería; sosteniéndose en esta lucha, hasta que Costa entregó la plaza á su enemigo y se embarcó traidoramente para Europa. Oribe prefirió expatriarse nuevamente, á aceptar el vergonzoso contrato del que habia engañado á su pais, ofreciendo sostener su independencia.



LA FE DEL AMOR.—Una vez en el cuarto, le registraron (pág. 187).

Estuvo nuevamente en Buenos-Aires algun tiempo, hasta que se le presentó ocasion de luchar otra vez por su pais en los muros de Montevideo, en la Orqueta del Sarandí, en Santa Teresa, en el Rincon de las Gallinas, en los pueblos de Misiones y en Ituzaingo. Oribe fué el primero que concibió el pensamiento de libertar á su patria del dominio del Brasil, comunicándose al coronel Lavalleja, los cuales, puestos en connivencia con otros, verificaron la homérica epopeya de los *Treinta y tres*, desembarcando en las playas del *Arenal Grande*, al grito de *¡vencer ó morir!*

Pocos dias despues sitiaban los *libertadores* á Montevideo, distinguiéndose Oribe tanto en esta jornada, que llamó la atencion de los suyos y de los contrarios; hasta que en 1827, concluida la lucha, juró la Constitucion y se resignó á ser fiel observante de ella, á pesar de no hallarse conforme con Pondeau, nombrado gobernador provisorio del Estado, despues de la victoria de su patria sobre el Brasil, ni con Rivera y Lavalleja, que sucesivamente la gobernaron.

En los dias de la revolucion de 1832, Oribe era capitan del puerto de Montevideo, y sostuvo el principio constitucional, al extremo de pasar á general desde coronel, siendo en 1833 llamado á desempeñar el cargo de ministro de Guerra y Marina, con cediéndole luego la Asamblea el grado de brigadier general. Conocedor Rivera, presidente de la república entónces, de las grandes dotes de Oribe, influyó para que le sucediese en la presidencia de la república, lo que sucedió en 1.º de marzo de 1835, con aplauso de todas las clases de su pais.

Lo primero que hizo Oribe como jefe del Estado oriental del Uruguay, fué levantar el entredicho que éste tenia con España, rodeándose de hombres tan eminentes como Perez, Llambi, Lenguas, Muñoz, Anaya, Blanco, Lecog, Diaz, Brito del Pino, organizando el pais admirablemente, y poniéndolo en verdadera marcha constitucional y progresiva.

En aquella época luchaban en Buenos-Aires unitarios y federales, emigrando éstos de preferencia á Montevideo, y los unitarios al Brasil.

Rivera habia firmado documentos contra el Estado siendo presidente, segun aseguran los cronistas de

LOS AFICIONADOS Á CAZA.

—Lo que es esta pieza no se me escapa, si los perros son lucros.

—Nadie conocerá si lo ha matado V. ó le ha costado su dinero.

aquel país, y entrando en temores, despues de ser elegido presidente Oribe, trató de sublevarse contra él, ganando al efecto á algunos jefes y oficiales, en su clase á la vez de comandante general de campaña, para encabezar una revolucion que llevó á cabo, venciendo en la batalla del Palmar; despues de la cual, protegido por la Francia, á merced de los manejos de Mr. Leblanc, agente francés en el Plata, se elevó otra vez en 1838 á la presidencia de la república, que Oribe dejó, protestando contra el furor é injusticia de sus enemigos y emigrando á Buenos-Aires.

Desde esta época hasta 1843, y desde 1843 á 1851, en que capituló en el Cerrito con Urquiza, se han sucedido una porcion de acontecimientos, que requieren para narrarse gran tino é imparcialidad. Esta tarea la abordaremos en otro artículo.

Oribe falleció en 1857, y dejó una memoria grata entre sus compatriotas, á pesar de los abusos que á su sombra cometieron algunos jefes argentinos cuando sitiaba á Montevideo. Su administracion fué pura, sus prendas personales elevadas, y su amor á las ciencias y á las artes, digno de todo elogio. Su esposa, señora de gran caridad, era la Providencia de todo desgraciado; y su hija, casada con el coronel Mara, un ángel de candor y de beneficencia. Su hijo, casado con una jóven de Barcelona, se dedica al comercio, y es un dechado de caballeros.

Jefe del partido *blanco*, antítesis del *colorado* fundado por *Rivera*, reasumia en el espíritu de su política el más exquisito americanismo y el honor más encumbrado. Creemos, sí, que su gran defecto consistió en haberse aliado á Rosas, dictador de Buenos-Aires, neutralizando algo así la grandeza de su causa, desde que en 1843 volvió á su patria á combatir á los *colorados;* y que si se hubiese entregado al valor de sus compatriotas solamente, hubiera sido más afortunado.

DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CONTINÚAN LAS EQUIVOCACIONES.

(*Continuacion.*)

Enrique, pues, estaba en campaña.

Pero con una discrecion suma.

Habia comprendido que el Pintado estaba receloso.

Era, pues, necesario confiar al Pintado y engañarle.

Gabriela se habia rehecho de la impresion que la habia causado la mirada de admiracion de Enrique.

El Pintado, irritado por una nueva contrariedad, se habia descubierto con una profunda reserva, y meditaba.

Empezaba á concebir un nuevo proyecto infame.

Tenia miedo.

Le parecia que la Providencia iba á descubrir la verdad de aquel tenebroso negocio.

Todo le parecia poco para asegurar la terrible muerte de Estéban.

En cuanto á Elena, aparecia profundamente distraida.

Tal era la situacion moral de nuestros personajes, cuando se acercaban á la casa.

Antes de que llegaran á la bella fuente rodeada de estátuas, que habia en el centro del parterre, apareció delante de la casa Ángeles, que avanzó rápidamente.

A cierta distancia, antes de llegar á los que avanzaban, no pudo ménos de reconocer que Enrique no se habia engañado al ver en Elena un retrato viviente y admirable de Mercedes.

Ángeles se puso densamente pálida.

—No, no, dijo; un parecido tan asombroso puede ser una casualidad: ¿qué es esto, Dios mio? ¿cómo puede ser esta jóven hija de Mercedes?

Cuando llegó á ellos, cuando los saludó, no pudo ménos de volverse ardientemente hácia Elena, de asirla con vehemencia las manos y de besarla con efusion.

De tal manera fué esto, que el Pintado, que no perdia el menor detalle, incurrió en una nueva equivocacion.

—Estas se conocen, dijo para sí: luégo don Enrique la conocia tambien: se nos trata, pues, con doblez: se prepara algo: ¡oh! atencion... y sobre todo, astucia: ¡oh! ¡si yo hubiera sabido lo que me iba á costar mi venganza!...

Por su parte Elena no habia podido ménos de encontrar extraño aquel tan expresivo recibimiento de aquella señora, que se la habia hecho en un solo momento excesivamente simpática.

Ángeles estuvo admirable, no sólo en el recibimiento de sus huéspedes, sino tambien durante el almuerzo, que tuvo lugar poco despues de la llegada.

Concluido el almuerzo, salieron á pasear por la quinta.

Primeramente no formaron más que un solo grupo.

Poco despues, y de una manera natural, aquel grupo se dividió.

Ángeles y Enrique, llevando en medio á Elena, se adelantaron.

El Pintado y Gabriela se quedaron un poco atrás.

Lentamente se fué agrandando la distancia que separaba á ambos grupos, hasta que al fin el Pintado vió que no podian oir los de delante lo que él hablase con su mujer.

Una ansiedad mortal le devoraba.

Sentia la impaciencia que acompaña á todas las ansiedades.

Gabriela, por su parte, sentia un peso insoportable sobre el corazon.

No podemos decir á un tiempo lo que se habló en ambos grupos.

Empecemos, pues, por el diálogo del Pintado y de Gabriela.

XIV.

HASTA QUÉ GRADO DE INFAMIA PUEDE LLEGARSE EN LA PENDIENTE DEL CRÍMEN.

—¿Has reparado? preguntó el Pintado á Gabriela.

—¿Y en qué he de haber reparado? respondió con impaciencia ésta, que no sabia cuál era el objeto de la pregunta de su marido.

—En primer lugar, lo más importante ha sido el recibimiento que se nos ha hecho: más bien, el recibimiento que se la ha hecho á ella.

—¡Ah, sí! contestó con un acento singular Gabriela.

—Indudablemente se conocen, dijo el Pintado.

—La conoce la señora de la casa, dijo Gabriela; pero Elena no la conoce á ella: se ha sorprendido del interés con que la ha estrechado las manos y la ha besado.

—Cada vez estoy más seguro de que la Elena es una hipócrita que sabe encubrir de una manera perfecta lo que siente, dijo el Pintado: ¡oh! yo no tengo duda de que se ha venido del pueblo para estar más cerca de nosotros, para espiarnos.

—Puede ser, dijo Gabriela; pero te aseguro que no conoce á esa señora.

—¡Quién sabe! la verdad es que yo tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué? dijo secamente Gabriela: ¿acaso falta tanto tiempo?

Gabriela se referia á lo que podia tardar en ser confirmada la sentencia de Estéban por la Sala.

—Pero en ese tiempo pueden pasar cosas muy graves, dijo el Pintado: esta es una familia rica que debe ser muy influyente, y si se atenúa el negocio para el otro...

—Es verdad, dijo Gabriela; ¿pero y cómo evitarlo?

—Me parece, dijo el Pintado, que no has reparado en otra cosa en que has debido reparar.

—¿En qué? dijo Gabriela poniéndose vivamente encendida, porque comprendia á dónde iba á parar su marido.

—Me parece inútil, dijo el Pintado, que habia visto con un furor íntimo el enrojecimiento de su mujer.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Gabriela; nos hemos perdido: distraidos hemos tomado por otra calle.

—Mejor: esto nos ayuda, dijo el Pintado; así no repararán en que llevamos empeñada una conversacion aparte: y tenemos que hablar mucho: tenemos que decidirnos sin vacilar.

—¿Pero á qué tenemos que decidirnos? exclamó llena de ansiedad Gabriela.

—Mira, dijo el Pintado señalando un templete que estaba sobre una pequeña eminencia: subamos allí, sentémonos allí; desde allí los veremos cuando se acerquen: pasará porque nos hemos perdido: así no sospecharán: y yo tengo impaciencia, yo tengo miedo.

—¡Miedo! ¡miedo! dijo Gabriela: hace mucho tiempo que yo me estoy muriendo de terror.

Y siguió á su marido por uno de los senderos que entre espesuras serpenteaban en direccion á la cumbre de la pequeña montaña artificial, en la que se veia un templete jónico.

Llegaron, y se sentaron en uno de los bancos de piedra que rodeaban el templete.

Allí no podian ser escuchados ni sorprendidos.

El Pintado estaba espantoso.

Todas las perversas, todas las infames pasiones de su alma asomaban á su semblante.

En cuanto á Gabriela, estaba sombría.

Una irritacion siniestra aparecia en su mirada.

—Es necesario evitar, dijo el Pintado, que ese hombre proteja á Elena: ella no se ha enamorado de él; nos hemos engañado: ella pretende engañarle, usarle: te repito que Elena es una hipócrita. Elena está loca de amor por el otro, y por el otro es capaz de todo: anticipémonos, pues: seamos nosotros capaces de todo contra el otro.

—¿Es decir que tú me consideras tu esclava? exclamó Gabriela dejando ver una mirada de reto al Pintado.

—¡Y á mí qué! dijo éste: ¿quién puede impedirme vender lo que tengo, desaparecer un dia, é irme á los Estados Unidos?

—Eso deberíamos hacer, dijo Gabriela: yo no he querido aconsejarte, porque me tienes aterrada.

—Las malas noticias van á todas partes; allí á la fin del mundo, á donde hemos huido para ocultar nuestra historia, llega un dia un hombre, un maldito que nos conoce, que dice á todo el mundo:—Mirad á ese; ese está huido de su patria, por evitar el cumplimiento de una sentencia por asesinato y robo.

—¡Calla! exclamó Gabriela: ¡calla! ¡hijos mios!

—¡Tus hijos, sí! si no fuera por nuestros hijos, tú me hubieras perdido; tú me hubieras sacrificado al otro.

—Yo te amo, Juan.

—¡Tú! ¡amar tú! ¡tú no amas más que á tus hijos, porque son tuyos! porque lo primero que tú amas es á ti misma, y tus hijos para ti son un pedazo de tu sér.

—¡Juan! exclamó Gabriela: tú me has obligado á ir á la cárcel á ver á Estéban: no me obligues á que yo engañe á ese hombre.

—¡Ah! yo necesito vengarme, exclamó el Pintado; yo necesito ver en el patíbulo á ese infame: es necesario que nada pueda salvarlo: sí, sí, mi miedo más terrible es el de que no le sentencien á la última pena; ese hombre puede tal vez interponer una influencia poderosa: evitémoslo; sepárale de Elena.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Gabriela: yo estoy desesperada: ¿qué he hecho yo para que así me hayas entregado á este demonio?

—¡Ah! exclamó el Pintado: ¡sí! ¡es cierto! ¡te seduce la pasion que inspiras! ¡te vuelve loca! ¡te hace creer que amas al mismo á quien luego crees tú demonio! ¡ah! ¿qué has hecho tú? ¡todo lo que sucede es obra tuya! tú no puedes resistir á la adoracion que causas, te lo repito; ¡tú has nacido maldita de Dios! ¡tú has asesinado á tu familia!

—¡Por Dios, Juan no me desesperes! ¡mátame, pero no me trates así!

—Es necesario que yo me vengue; necesario de todo punto; es necesario que tú, que has sido el instrumento de mi deshonra y de mi desesperacion, seas el instrumento de mi venganza.

—Pero tu venganza se atreve á todo: hasta á lo repugnante, hasta lo horroroso.

—Y bien, dijo el Pintado; mi venganza está asegurada: si no puedo vengarme completamente en él, me vengaré horriblemente en tí.

—¿Qué quieres de mí? exclamó Gabriela mirando con espanto á su marido.

—Supongamos que cuando volvamos á Madrid, yo me voy al Saladero y doy de puñaladas á Estéban: esto no sería una venganza completa contra él; pero en fin, es toda la venganza que de él podria tomar.

Gabriela gimió.

Se aterraba de sí misma.

No se comprendia.

Amaba á Estéban.

Al mismo tiempo la enloquecia el amor satánico de su marido.

Al par de esto, no podia olvidar aquella intensa mirada de Enrique á su garganta.

Enrique era su recuerdo tenaz desde entónces.

Lo único que estaba perfectamente definido en ella, lo único que en ella habia digno y grande, era el amor á sus hijos.

El Pintado lo sabia, y explotaba en beneficio de sus lúgubres pasiones aquel amor.

—¡Oh! ¡sí! dijo el Pintado: una media venganza contra Estéban; contra tí una venganza completa: ¿quién puede impedirme que, desesperado, despues de haber exterminado á ese miserable lo confiese todo, procure las pruebas de todo? ¿No sabes tú que hay venganzas que para satisfacerse arrostran por todo, hasta por la muerte, y por la muerte infame del patíbulo? ¡Oh! yo me habria vengado de tí, deshonrando á nuestros hijos, que es lo único que amas.

—¡Ah! ¡si no fuera por ellos!...

—¿Por qué no acabas, Gabriela? ¿por qué no decís si no fuera por mis hijos me hubieras matado?

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Gabriela.

—¡Sí, ó no! exclamó el Pintado.

—Sí, dijo Gabriela: estoy en las manos de Satanás, y no hay remedio para mí.

—Entónces, bajemos: busquémoslos; evitemos que sospechen.

Y se levantó y empezó á descender.

Gabriela le siguió.

Su hermoso semblante dejaba ver entónces una de esas agonías del espíritu que representan la desesperacion de un condenado.

XXV.

LO QUE HABLARON ÁNGELES, ELENA Y ENRIQUE.

—Esa gente es para mí sospechosa, dijo Enrique, cuando se hubieron perdido en el jardin Gabriela y el Pintado: parece que se han quedado exprofeso atrás y que se han separado de nosotros para quedarse en libertad de hablar.

Elena no contestó.

No sabia aún á qué atenerse.

—¿Hace mucho tiempo que usted conoce á las personas que la acompañan? la preguntó Ángeles.

—Desde hace seis meses que fuí á vivir á Leganés, dijo Elena: desde el momento trabaron conocimiento conmigo, estrechando muy pronto su amistad, y ahora apenas se separan de mí.

—¿Y usted no ha sospechado nada? preguntó Ángeles.

Elena hizo un movimiento tímido, como para volver la cabeza atrás.

—No, no nos siguen, no pueden oirnos, dijo Enrique, que habia notado aquel movimiento: han tomado por otro lado: sin duda tienen que hablar algo muy importante para ellos: nosotros nos colocaremos en un lugar desde el que podamos verlos venir desde léjos: puede usted hablar sin cuidado: todo me parece extraño.

—Además, puede usted tener una gran confianza con nosotros, dijo Ángeles: usted es de la familia.

—¡Oh! ¡de la familia, señora! dijo Elena con extrañeza, no comprendiendo bien á Ángeles.

—Sí, de la familia, y parienta próxima, dijo Ángeles recargando.

—No comprendo bien, señora; no puedo comprender, dijo turbada Elena.

—Ello es fuerza que nos expliquemos, dijo Ángeles: si estuviéramos ahora en nuestra casa de Madrid, la explicacion seria muy fácil: no habria necesidad de otra cosa que de llevar á usted delante de un retrato.

Elena se puso pálida y se estremeció de emocion.

Empezaba á entrever algo.

Empezaba á explicarse la conducta de Enrique la noche anterior en el Teatro Real, que le habia parecido un tanto extraña.

En efecto, habia habido algo de brusco, algo de injustificado en haber ocupado él una butaca que habia quedado vacía junto á ella, pero que pertenecia á otro que acababa de levantarse.

Le parecia que empezaba á justificarse tambien el vivo interés que Enrique habia mostrado por ella.

Recordaba aquel medallon en cuyo cierre habia reparado por casualidad, y que tenia dentro de sí un retrato de señora, que ella, salvo el traje, hubiera tomado por el suyo propio.

La vista de aquel retrato, en un rico collar de perlas, en un collar de dama, y de alta dama, la habia puesto mala.

Entónces, la tia de aquel jóven que se habia acercado á ella, de una tal manera y con un tal interés, la llamaba parienta, y parienta próxima, y la decia que á estar en su casa de Madrid la bastaria para justificar su dicho, el ponerla delante de un retrato.

Existian, pues, á más del que ella habia visto en el medallon, otro retrato que se parecia á ella, y que conocian Ángeles y Enrique.

—¿Será ese retrato el de mi madre? habia pensado Elena; ¿habré yo encontrado á mi familia?

Ya sabemos que Elena no se creia hija del comadron.

—Y bien, señora... ese retrato... murmuró Elena en voz apenas inteligible.

—Ese retrato, hija mia, contestó Ángeles, es tan parecido á usted, que puesta usted delante de él, creeria estarse mirando á un espejo, salvo el traje, que es á la moda de hace veinticinco años; Mercedes áun no se habia casado entónces, y tenia la misma edad sobre poco más ó ménos que usted tiene ahora.

—¡Ah! ¡se llama Mercedes! exclamó conmovida Elena.

—Se llamaba, hija mia, contestó tristemente Ángeles.

—¡Se llamaba! ¡ha muerto! exclamó Elena.

Y sus ojos, por un sentimiento misterioso, instintivo, se llenaron de lágrimas.

—Sí, ha muerto hace más de quince años, dijo Ángeles.

—¿Y esa señora era parienta de ustedes?

—Sí, como esposa de nuestro tio Antonio, duque de la Granja, muerto tambien, y tio que fué de nuestro tio Pedro, marqués de Torrenegra, que áun vive.

—Y bien, señora, dijo alentando apenas Elena: ¿qué deduce usted del parecido que existe entre esa señora y yo?

—Si sólo se tratase de líneas generales, de un parecido típico, dijo Ángeles, yo nada deduciria; pero es un parecido fisonómico: en la mirada de usted, hija mia, está el alma entera de mi tia política Mercedes de Falces: se puede decir que vive en usted.

—¡Oh, Dios mio! ¡pero entónces esa señora era mi madre, exclamó Elena!

—Yo lo juraria sobre mi alma, sin temor de perderla, exclamó Ángeles; pero aquí hay un misterio: Mercedes de Falces no dió hijos á nuestro tio Antonio, y su reputacion, ántes de casarse, era intachable: ese misterio sólo puede aclararle nuestro tio Pedro... pero será necesario esperar... hay que prepararle... el desdichado tiene momentos en que puede considerársele loco.

Calló Ángeles, y Elena nada dijo.

Estaba conmovida de una manera poderosa.

—¿Pero usted no nos puede dar alguna luz? dijo al fin Ángeles; ¿usted no conoce á sus padres?

—Hasta hace algun tiempo, dijo Elena, yo me he creido hija de Diego Sandoval, cirujano romancista y comadron, y sobrina de su hermana doña Eufemia, esa desdichada, cuyo horrible asesinato se atribuye á un inocente.

Y la voz de Elena era trémula al pronunciar estas palabras.

—Y bien: su madre de usted...

—No se me ha hablado nunca de ella: se me dijo una vez que habia muerto al darme á luz, y nada más.

—¿Sabe usted de dónde es natural?

—Sí, sé que soy de Madrid y que tengo diez y ocho años; que el dia de mi cumpleaños es el 15 de Febrero.

—¿Sabe usted en qué parroquia está usted bautizada?

—No se me ha hablado nunca de eso.

—¿Dónde ha sido usted educada?

—Primero, en las Trinitarias: despues he estado en el colegio de Nuestra Señora de Loreto.

—Todo esto es muy extraño, dijo Ángeles.

—Sentémonos aquí, dijo Enrique deteniéndose delante de un banco que habia al pié de unos árboles: desde aquí se domina un gran espacio de la quinta, y debemos ver á esos dos cuando se acerquen.

Se sentaron.

Elena quedó en medio de los dos.

—¿Desde cuándo empezó usted á tener dudas sobre si era ó no su padre de usted el cirujano comadron?

—Desde la muerte de éste: el desdichado me amaba, y cuando se sintió morir me llamó: me dijo que tenia que hablarme de algo muy grave; pero su voz era ya apenas inteligible: no pude comprender más que estas palabras: *El duque... un depósito sagrado... tu padre... millones...*

—¡Oh! ¡pues esto es indudable! exclamó Ángeles levantándose de una manera nerviosa; *¡el duque!* esto es, el duque de la Granja, *¡un depósito sagrado! ¡millones!*

—¡Oh! ¡sí! exclamó con vehemencia Enrique; ¡es necesario averiguar!

—¡Y cómo, Dios mio! exclamó Ángeles: ¡muerto tio Antonio! ¡muerta Mercedes! ¡muerto ese pobre cirujano romancista! ¡asesinada su hermana!

—¡Oh! ¡y en poder del Pintado un collar de perlas en cuyo medallon está el retrato de una señora que ustedes creen mi madre! ¡oh! ¿se puede dudar de que Estéban es inocente? ¿no es ese collar, despues de lo que hemos hablado, una prueba de que el Pintado es el asesino de la desgraciada doña Eufemia? ¿no puede mi madre haber dado ese collar como una prueba de reconocimiento en favor mio, al bueno y honrado hombre que me sirvió de padre, y al que su agonía impidió revelarme el secreto de mi nacimiento?

Elena volvió á su idea fija: á la inocencia de Estéban.

—¡Oh! ¡cuánta confianza tiene usted en él! dijo tristemente Enrique.

—¡Oh! ¡sí! una fé ardiente, íntima, la fé de mi amor me decia: no, él no es capaz de cometer un tal crímen: no: si él fuera así, yo no podria amarle, y le amo: ¡oh! ¡no! ¡no! es que una funesta combinacion de apariencias le condenó: el juez se ha engañado, se ha engañado todo el mundo: sólo yo no me he engañado: ¡oh! y la fé de mi amor le ha salvado... porque yo le salvaré... Si la fé de mi amor me llevó á vivir á Leganés, yo estaba segura de que él, á pesar de todas las apariencias, no era el asesino: el asesino debia ocultarse en el pueblo: yo me fuí al pueblo para observar, para adivinar, y muy pronto empecé á sospechar del Pintado: se decia en el pueblo que Estéban habia sido amante de su mujer, de Gabriela: que él se habia separado de ella, sin acusar el motivo: que él lo sabia todo; pero que disimulaba por dignidad, y por dignidad seguia tratando como siempre á Estéban: yo adiviné una venganza horrible: la adivinó la fé de mi amor: yo adiviné que el Pintado habia preparado aquel crímen con una astucia infernal para hacer caer su responsabilidad sobre Estéban: al fin no dudo, no puedo dudar: anoche he tenido en mis manos un collar que debia ponerse esa mujer: en su medallon habia un retrato: el de una señora que se me parece completamente, que sin duda era mi madre: esto fué una revelacion: aquel collar debió te-

nerle doña Eufemia: aquel collar debia ser parte del depósito sagrado de que me habia hablado al morir el bueno de Diego Sandoval; ¿cómo habia venido, ese collar á Gabriela, sino por el Pintado, ni cómo podia haberlo tenido el Pintado, sino por el asesinato de doña Eufemia? ¡Oh! ¡sí! ¡el asesino es él, y yo espero que Dios me permitirá probarlo! ¡Oh! ¡sí! ¡sí! la fé del amor ha salvado á Estéban: sin ella, yo, engañada por las apariencias, le hubiera creido el asesino de mi tia, me hubiera horrorizado de él, hubiera dejado de amarle: ¡oh! la fé del amor me ha traido á una prueba; pero esa prueba no la conoce nadie más que yo: ese collar ha desaparecido: ¿dónde está ya ese collar?

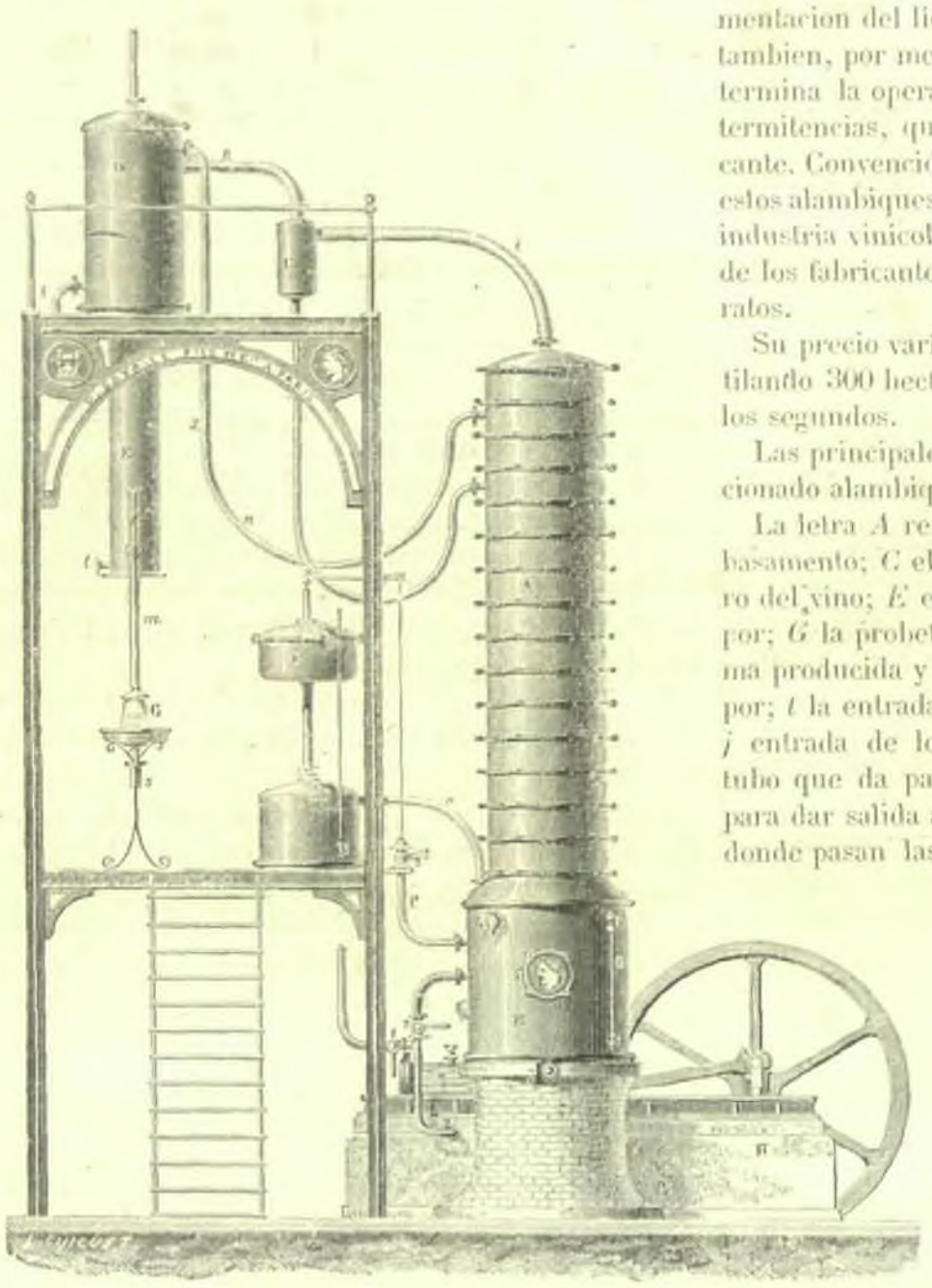
—Le salvaremos, Elena, le salvaremos, exclamó Enrique: desde hoy mismo empiezo á trabajar en este negocio: hablaré al juez: se lo revelaré todo... se buscarán los medios... en fin, yo creo que al fin podremos probar la inocencia de ese señor que tiene la fortuna de ser amado de una manera tal por usted.

(Se continuará.)

MECÁNICA.

ALAMBIQUE SAVALLE.

Entre los alambiques que hoy gozan de más aceptacion, figura el de Mr. Savalle, 64, Avenue de l'Emperatrice, Paris, hoy en Ostende (Bélgica), rue Louise, número 15, cuyo diseño hallarán nuestros lectores en esta misma página. Por medio de este aparato puede economizarse cerca de un 33 por 100 del combustible que consumen los más perfeccionados, y entre las mil dificultades que con su aplicacion se evitan, es de notar la de que no se pierde ninguna cantidad del alcohol que pueda producirse en la destilacion. Por otra parte, el alambique á que nos referimos, además de regular automáticamente la alimentacion del líquido que ha de destilarse, establece tambien, por medios mecánicos, la del vapor que determina la operacion, evitando de este modo las intermitencias, que son siempre funestas para el fabricante. Convencidos de la superioridad que hoy gozan estos alambiques, y amantes del progreso de nuestra industria vinícola, no vacilamos en llamar la atencion de los fabricantes españoles sobre esta clase de aparatos.



ALAMBIQUE SAVALLE.

Su precio varía entre 6.000 y 65.000 francos, destilando 300 hectólitros de vino los primeros, y 4.500 los segundos.

Las principales piezas de que se compone el mencionado alambique rectificador, son las siguientes:

La letra *A* representa la columna destilatoria; *B* el basamento; *C* el purificador de espuma; *D* el hervidero del vino; *E* el refrigerante; *F* el regulador de vapor; *G* la probeta que indica el volúmen de la espuma producida y su temperatura; *H* la máquina de vapor; *t* la entrada de los vinos calientes en el aparato; *j* entrada de los vinos calientes en la columna *i*; *k* tubo que da paso á los vapores de alcohol; *m* tubo para dar salida á las espumas ó alcoholes; *s* tubo por donde pasan las espumas á un depósito; *o* tubo que trasmite la presion del aparato al regulador; 1 llave para desahogar la máquina de vapor; 2 llave que pone en comunicacion la columna con los vapores perdidos de la máquina; 3 llave ó válvula del regulador, que proviene directamente del generador; 4 aparato para evitar la destruccion de la máquina por efecto del vacío; 5 ventilador; 6 indicador del nivel del líquido; 7 espita ó llave para vaciar las madres del vino.

ANUNCIOS.

ESTUDIO FILOSÓFICO DEL HOMBRE,

POR EL DR. D. FRANCISCO ALONSO Y RUBIO.

El hombre considerado bajo el aspecto orgánico, intelectual, moral, religioso y social, un tomo en 8.º, 16 rs.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un libro para mis hijos.—Un tomo en 8.º, 16 rs.

La mujer, bajo el punto de vista filosófico, moral y social. Un tomo en 8.º, 16 rs.

Se venden en las librerías de Durán, Bailly-Bailliere, Moya y Hernando.

MOLINOS HARINEROS Á VAPOR,

ARADOS

Y TODA CLASE DE MÁQUINAS AGRÍCOLAS INGLESAS.

Los señores Ramsomes, Sims y Head, ingenieros de Ipswich (Inglaterra), tienen grandes esperiencias de las necesidades de la agricultura española, particularmente de máquinas de vapor y de molinos.

CATÁLOGOS GRATIS.

Dirigirse al representante de los fabricantes,

GUILLERMO HUME,

Sevilla y Lebrija.

Se encarga de toda clase de comisiones y compras de Francia y de Inglaterra.

LA SALUD,

MANUAL DE HOMEOPATÍA PARA USO DE LAS FAMILIAS.

TERCERA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

1870.

Para satisfacer las exigencias de los partidarios de la homeopatia, que por cansancio de lecturas extensas han menester de un pequeño libro de medicina homeopática que expresa en pocas líneas lo que conviene hacer para remediar los males ligeros, y áun los graves, hasta la llegada del médico, se ha publicado la tercera edicion del manual *La Salud*.

Este tomito, de más de 500 páginas, se vende á 4 rs. en Madrid, farmacia homeopática del Dr. Cesáreo Martin Somolinos, la primera establecida en España, Infantas, 26, y se remite á provincias por 5 rs., franco de porte.

Las cajas de bolsillo, con los veinticuatro medicamentos explicados en este Manual, se expenden á 60 y 70 rs., y otras á 80 rs. en forma de cartera, conteniendo, además de los medicamentos, el Manual y un tarjetero.

MÁQUINA PARA PULVERIZAR LOS MINERALES.

Se vende y se halla depositada en Valencia una del sistema Carr, modelo núm. 1, de tres caballos de fuerza, enteramente nueva, pulverizando una tonelada por hora. Su precio 7.000 rs.

Dirigirse calle de Fuencarral, núm. 91, cuarto bajo.

IRIGOYEN,

CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 21.

Cajas de 100 tabacos habanos á 40, 50 70, 90, 100, hasta 500 rs. Libras cigarrillos hechos á 24, 32, 36, 40, y 50 rs. una. Picadura á 20, 24, 30 y 40 rs. libra. Regalo de un billete por cada 4 rs. de gasto para la rifa de una escopeta Aguja.

DESPACHO CENTRAL DE EXHORTOS.

Calle Mayor, núm. 108, entresuelo.

ADVERTENCIA.

Reimpresos ya los números 4 y 6 de esta publicacion, los hemos remitido á los señores suscritores á quienes se les debia, tanto de España como de América.

Los números 13 y 15 queda tambien terminada su reimpresion en esta semana, y por consiguiente, serán servidos antes de que publiquemos nuestro próximo número.

Si algun señor suscritor dejase de recibirlos, tendrá la bondad de avisarlo á nuestro Administrador.

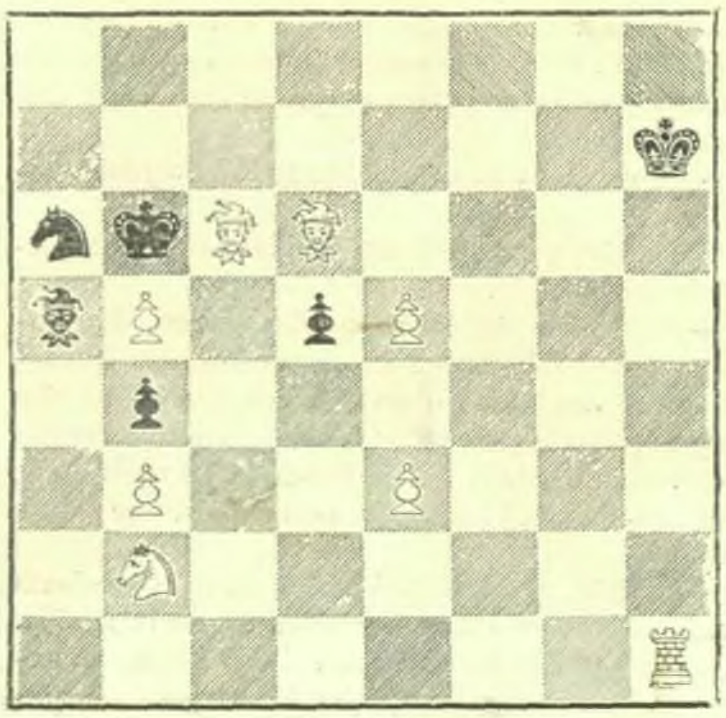
AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA NÚM. 1.º

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª A. casilla T. D.	1.ª R. 4.ª D. (a)
2.ª T. 3.ª A. D.	2.ª R. 5.ª D. (b) (2).
3.ª A. 6.ª R.	3.ª Ad libitum.
4.ª T. 4.ª A. D. jaque.	4.ª Mate.
(1.ª)	
2.ª	2.ª R. 4.ª ó 5.ª R.
3.ª T. 4.ª AD jaque.	3.ª P. juega.
4.ª A. 6.ª R. jaque.	4.ª Mate.
(2.ª)	
2.ª	2.ª P. juega.
3.ª A. 6.ª R. jaque.	3.ª P. juega.
4.ª T. 4.ª A. D. jaque.	4.ª Mate.
(a)	
1.ª	1.ª R. 5.ª A.
2.ª P. 6.ª A. R.	2.ª R. 5.ª R.
3.ª T. 3.ª R. jaque.	3.ª R. 5.ª A. ó 4.ª
4.ª A. jaque.	4.ª Mate.

PROBLEMA NÚM 2.º

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.